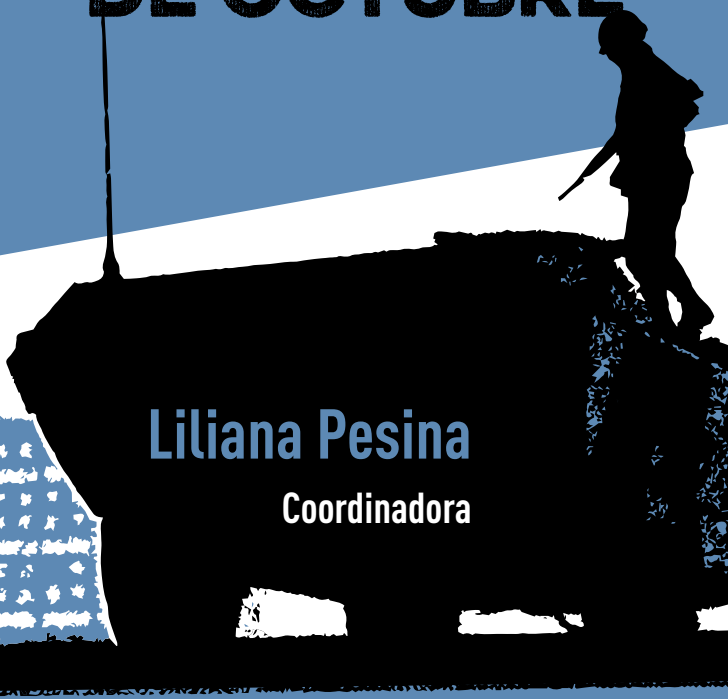
CRÓNICAS DE OCTUBRE



SEGUNDA EDICIÓN

Liliana Pesina
Coordinadora

Crónicas
de octubre

segunda edición

TLA
TE centro cultural universitario
LOL
CO

Mediación Educativa

CRÓNICAS DE OCTUBRE

COORDINACIÓN:
Liliana Pesina

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLATELOLCO

Ricardo Raphael
Director General

Carlos Jiménez
Jefe de la Unidad Administrativa

Ander Azpiri
Subdirector Académico

Paola Zavala
Subdirectora de Vinculación

Yuridia Rangel
Secretaria de Planeación

Eunice Hernández
Coordinadora de la Colección M68:
Ciudadanías en Movimiento

Brigadistas es una colección del Centro Cultural Universitario Tlatelolco-UNAM, publicada en el marco de las conmemoraciones por el 50 aniversario del Movimiento estudiantil de 1968.

Crónicas de octubre

Primera edición en la UNAM: septiembre de 2018
Segunda edición: septiembre de 2019
D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.
Centro Cultural Universitario Tlatelolco. Ricardo Flores Magón 1, colonia Nonoalco-Tlatelolco, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06900, http://tlatelolco.unam.mx/
D.R. © de los textos, los autores

ISBN de la obra: 978-607-30-2249-1

Coordinación de colección: Ricardo Cardona
Diagramación, formación y diseño de portada: Mariko Lugo
Corrección de estilo: Elipsis
Fotografías: Gerardo Alfonso Jaso Nacif
Imagen de portada: A partir de serigrafía *Réquiem para una Victoria* (1988)
Editor: Ricardo Cardona
Coordinación editorial: Liliana Pesina

Texto de contraportada: Adriana González Mateos

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y encuadernado en México

Réquiem para una Victoria • serigrafía • Ana María Iturbe y Raúl Cabello • 1988

Jimena Jaso Guzmán
11 PRESENTACIÓN

Liliana Pesina Méndez
13 TEJIDO M68

15 PLANO DE BARRIO: TLATELOLCO

Cipactli Yolanda Rodríguez Martínez
17 TRISTE RECUERDO

María Luisa Moreno Suárez
21 UNO ENTRE LA TROPA

Blanca Lilia Ramírez Macín
25 EL ENORME TOBOGÁN

Martha Francisca Medina Austria
29 INVITACIÓN INESPERADA

Cirilo Mayoral Bazán
33 TEZONTLE

María Enriqueta del Carmen Valdez Fuentes
35 CONTRASTE

José García Méndez
41 ¡NO QUEREMOS OLIMPIADA, QUEREMOS REVOLUCIÓN!

48 ÁLBUM FOTOGRÁFICO

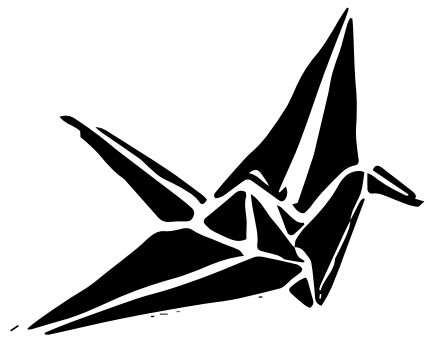
Sonia Norma Angeles Luna
65 PEQUEÑAS MEMORIAS DEL 68

Mari Sano
69 RELOJ COLIBRÍ DE MI PADRE, MITSUGI SANO (1968-2018)

Alicia Castelán Moreno
73 LA HORA DEL ROCANROL

Ivonne Ojeda Rosete
79 COINCIDENCIAS

Rubén Frola Jaime
85 LA VIDA ES COMO UN JUEGO DE AJEDREZ SOBRE UN TABLERO INFINITO; YO NACÍ PEÓN



PRESENTACIÓN

Los museos son espacio para la creación cuando se brinda la oportunidad de construir y proponer; qué mejor manera de hacerlo que con la palabra: somos narraciones, somos historias.

Los museos también hacen posible crear comunidades; el diálogo da valor a lo que somos en comunidad.

Bajo estas dos premisas, el área de Mediación Educativa del Memorial del 68 en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco abrió el espacio para el taller *Crónicas de Octubre*.

De la mano de Liliana Pesina, la palabra fue la herramienta para que aquello que los participantes experimentaron en 1968 y que querían compartir, pudiera tener voz.

A 50 años del Movimiento estudiantil, el museo cumple el fin de ser el catalizador, aquel que convoque a los ciudadanos que quieran construir memoria y compartirla. El CCUT es un espacio en donde se hace tangible para que pueda ser realidad y legado.

Espero que en estas crónicas encuentren los lectores las huellas del 68 y a partir de las palabras hechas testimonio, abracen nuevas memorias.

Agradezco a todos los participantes su confianza y compromiso que fue lo que hizo posible esta publicación.

Jimena Jaso Guzmán
Jefa de Mediación Educativa
Centro Cultural Universitario Tlatelolco

TEJIDO M68

Las páginas de este libro resguardan doce voces que giran en torno a 1968. A 50 años del Movimiento estudiantil, sé que hay historias que aún no han sido contadas y que necesitan un espacio para no perderse en el tiempo; por ello, al recibir la invitación de crear un espacio conmemorativo, pensé en un taller de creación literaria para personas que habían estado involucradas de alguna manera con el movimiento.

Necesitaba a la literatura para acercarme al 68, específicamente a la crónica literaria, para que las voces fueran arropadas después de medio siglo. Durante tres meses nos reunimos en la sala dos del Centro Cultural Universitario Tlatelolco. Nos metimos en la boca del lobo para reconstruir el pasado. El taller siempre estuvo rodeado de los vestigios de Relaciones Exteriores, de la Plaza de las Tres Culturas, de la Zona Arqueológica, de los edificios del Conjunto Habitacional y de las voces que no alcanzaron a contar su historia. Muchas veces solo hacía falta señalar hacia algún punto para dar precisión a lo narrado y así cobrara veracidad. No hacía falta ficción, más bien, dialogar con algunos recursos de la crónica literaria para que esas doce voces aterrizaran en este libro.

En la sala dos el techo es muy alto, hace sentir cierta soltura para pensar, respirar, analizar y escribir; tiene una mesa muy grande, es el contorno de un óvalo que no cierra, pero que permite tener una conversación fluida, acogedora y directa; ofrece una excelente visión de todo aquel que tome un lugar, lo que nos permitió que la creación tuviera buen paso. Fuimos un grupo de personas que estaban escribiendo sobre el tiempo, sobre la historia y sobre vidas; con cada sesión notaba cómo se entretejían las palabras, al principio era casi imperceptible, al final fue inevitable. No solo tejían entre ellos, sino que su tejido comenzó a expandirse afuera de la sala: los doce hilos comenzaron a moverse por todo el Centro Cultural para

intentar tejer fuera de la torre. Las voces necesitaban ser escuchadas, necesitaban más hilos, necesitaban más manos, así que dejamos salir el tejido para crear memoria colectiva.

Este libro, además de crónicas literarias, contiene fotografías de objetos personales de los alumnos; dichos objetos tienen relación con el 68 y dialogan con cada palabra escrita.

Sin más, compartimos el tejido creado por una memoria colectiva, donde cada hilo representa una voz que puede seguir tejiendo distintos dibujos con diferentes generaciones.

Liliana Pesina Méndez
Coordinadora del proyecto
Maestra del taller *Crónicas del 68*

TLATELOLCO

Centro Cultural Universitario Tlatelolco
1966: Secretaría de Relaciones Exteriores, Gobierno Federal
2007: CCU Tlatelolco, Universidad Nacional Autónoma de México

Zona arqueológica

Convento de Santiago

Iglesia de Santiago

Jardín de Santiago

Plaza de las Tres Culturas

Cipactli Yolanda Rodríguez Martínez

TRISTE RECUERDO

En mi mente sigue el recuerdo de lo que viví el 2 de octubre de 1968, hace cincuenta años. En aquel entonces era estudiante de la Escuela de Enfermería y Obstetricia del Instituto Politécnico Nacional. Cursaba el último año de la carrera. Mi escuela, como otras del Politécnico, estaba tomada por el Ejército. Desde afuera, observaba cómo los soldados maltrataban a la mascota del Poli, el Burro blanco, que se encontraba dentro de la escuela; sentí mucho coraje e impotencia por no poder hacer nada.

Enterada de la marcha que iban a realizar los compañeros estudiantes del Politécnico a la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, programada para las dieciséis horas del 2 de octubre, mis compañeras y yo decidimos participar. Para integrarnos al contingente, en la esquina de las calles de Carpio y Plan de Ayala, en Santo Tomás, paramos un camión del servicio público. El chofer, sorprendido, nos dijo: «No me destruyan el camión, ¿adónde las llevo?». Todas, con el jumper mil rayas color guinda con blanco, abordamos el camión y cantamos: «*AL CHOFER NO SE LE PARA / AL CHOFER NO SE LE PARA / NO SE LE PARA EL CAMIÓN*». Y no podía faltar el «*HUÉLUM, HUÉLUM / GLORIA / A LA CACHI CACHI PORRA / A LA CACHI CACHI PORRA / PIM POM PORRA / PIM POM PORRA / POLITÉCNICO, POLITÉCNICO / ¡GLORIA!*».

Avanzamos unas cuantas calles cuando fuimos interceptadas por la policía. Con el camión, lleno de puras mujeres y escoltado por dos patrullas, recorrimos varias calles desconocidas para mí. En ese

momento todas íbamos calladas. Yo me preguntaba: «¿A dónde nos llevarán?, ¿qué nos pasará?».

La tarde estaba nublada, el ambiente era hostil; había mucho ruido de camiones. De pronto oímos una orden: «¡Bajen, bajen con las manos atrás!». Habíamos llegado a un lugar desordenado, sucio, con mal olor, con gente que entraba y salía. Había muchos policías, era una delegación, donde hoy es El Carmen. Nos tomaron nuestros nombres del gafete que portábamos y nos pidieron un número telefónico.

En ese lugar permanecimos por varias horas hasta que fueron llegando nuestros familiares. Llegó mi tío Pancho y pagó ochocientos pesos de multa. Luego se fue muy enojado. Era muy exigente. Al enterarme de la cantidad que había pagado me preocupé, ¡cómo pagaría ese dinero, si ganaba ciento cincuenta pesos a la quincena, con los cuales cubría mis gastos de la escuela, comida, transporte y vestido!

Después de ser liberadas, por comentarios de algunas personas, nos enteramos de que había muchos muertos y heridos en Tlatelolco. Di gracias a Dios porque la detención me había salvado la vida. Sin importar el horario y las lágrimas en los ojos, pero con determinación, decidí regresar al Casco de Santo Tomás.

El papá de una compañera, que vivía por ese rumbo, se ofreció a llevarme en su automóvil. El recorrido que hicimos fue largo y difícil. Las calles estaban cerradas. Era un caos total. Después de varias vueltas, llegué al Casco de Santo Tomás. Me reporté en el Hospital de la Mujer, donde trabajaba la guardia nocturna los días lunes, miércoles y viernes. Y aquel día, que era miércoles, tenía que trabajar.

Como el hospital se encontraba en la misma zona, pedí permiso y me integré al grupo de compañeros de la brigada de rescate, que estaba instalado en el sótano de la Escuela de Medicina del IPN. Fui asignada al grupo que tenía que ir en ambulancia. Éramos seis integrantes, tres médicos y tres enfermeras. Nos dirigimos a la Plaza de las Tres Culturas y llegamos al edificio Chihuahua. La indicación fue: «Entraremos juntos. Háganlo rápido y no volteen»; pero yo vi de reojo a los soldados que nos apuntaban con sus rifles. Me sorprendí de que no nos detuvieran.

Al subir las escaleras, el panorama era aterrador: heridos que se quejaban y cuerpos que ya no se movían. Era difícil pasar sobre los cuerpos tirados. Pensaba en la orden de los compañeros médicos: «Únicamente nos llevaremos a los que estén vivos». Las camillas fueron improvisadas con dos tubos y sábanas. «Llévense a este, está vivo. Con cuidado». Teníamos que ser fuertes y actuar rápido. En ese viaje, solamente nos pudimos llevar a seis.

Recuerdo cómo me temblaban las piernas y cómo el frío en mi cuerpo no cesaba, a pesar de que ya casi terminaba la carrera. En el camino se escuchaba decir a los médicos: «Abríguenlos, pónganles oxígeno; tomen signos vitales». Era difícil hacer todo rápido porque la ambulancia se movía de un lado a otro. Al llegar al puesto de socorro del sótano, los padres de familia, que permanecían en la entrada, luchaban con los granaderos para que dejaran pasar a la ambulancia. Ellos iban en busca de sus hijos y, además, llevaban material de curación, cobijas, ropa y bebidas calientes.

Hicimos un segundo viaje, pero no tuvimos la misma suerte que en el anterior. Ya de regreso y casi para llegar al puesto de socorro, fuimos interceptados violentamente por elementos del Ejército, que nos quitaron a los compañeros heridos que iban en la ambulancia. Los echaron como bultos en la caja de su camión, y no supimos qué final tuvieron.

El ulular de las ambulancias; las sirenas de las patrullas; el olor a humo, a sangre y a muerte saturaron el ambiente de desesperación e impotencia. Sentada en una banca, cubrí mi cara con mis manos, y el cansancio hizo que me quedara en pausa.

Fue la madrugada más larga y trágica de mi vida.

María Luisa Moreno Suárez

UNO ENTRE LA TROPA

En octubre de 1968, yo tenía 14 años y vivía en la colonia Ex hipódromo de Peralvillo, a escasas calles de Manuel González —hoy Eje 2 Norte— que marca el límite en uno de los costados con la Unidad Habitacional Tlatelolco. Era novia de Domingo, estudiante de la Preparatoria 1, en San Ildefonso.

El 13 de septiembre se realizó la Marcha del Silencio, en la que los jóvenes querían demostrar su actitud pacífica y la búsqueda del diálogo. Domingo y yo habíamos asistido a esa manifestación y acordamos que acudiríamos al mitin del 2 de octubre que se realizaría en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco.

Ese día, cuando Domingo fue a buscarme para irnos al mitin, yo no estaba lista y, ante mi tardanza, él se molestó, no quiso esperar más y se marchó. Domingo tenía un hermano mayor, Beto, que era estudiante de la Vocacional; él también asistiría al mitin. La tarde iba cayendo y se escuchaba un helicóptero que sobrevolaba la zona, también se oían balazos.

En la calle no había nadie. Yo estaba sola, con los brazos cruzados, recargada del lado derecho de la puerta que estaba semiabierta; usaba minifalda y calcetas a la rodilla. La temperatura era templada y la luz todavía natural. Súbitamente, por la calle de Wagner, apareció un muchacho que venía en una loca carrera. Se detuvo de golpe, estaba visiblemente alterado. Su cabello era ondulado, no muy largo y de color castaño; de piel apiñonada; vestía pantalón y playera de color oscuro. Gritaba a voz en cuello: «¡El Ejército está

matando a la gente en Tlatelolco!». Cruzamos nuestras miradas, nos separaban algunos metros. Me quedé estática: no dije nada, tampoco hice nada... El muchacho reanudó su carrera, ¿qué pensaría, qué sentiría, hacia dónde iba? Yo seguí en la misma posición: no dije nada, no hice nada.

Poco tiempo después llegó Domingo, no había ido al mitin; cuando se dirigía al lugar de la cita se topó con un amigo, que lo invitó a jugar antes unas líneas en el billar de la calle de Pedrell, a una cuadra de Manuel González.

Empezaba a oscurecer y la madre de Beto había intentado ingresar a la Unidad Habitacional Tlatelolco para buscar a su hijo que no había vuelto del mitin. Sin embargo, los vehículos militares que cercaban el lugar y personal del Ejército le impidieron el paso. Algunos vecinos ya habían salido de sus casas y se veían pequeños grupos en las puertas de las viviendas. Más tarde llegó del trabajo el papá de Beto. Ante lo incierto y preocupante de la situación, él y su esposa decidieron hacer un nuevo intento para buscar al muchacho, pero todo fue en vano: no les permitieron el acceso.

Esta situación acrecentó la preocupación de la señora, que era compartida por los vecinos que estábamos alrededor. Domingo y yo nos manteníamos juntos en la puerta de mi casa, casi sin hablar y con la zozobra por la incertidumbre de no saber de Beto. A medida que avanzaba la noche, la preocupación se volvió angustia y desesperación. La madre de Beto lloraba profusamente. En el entorno se experimentaba una sensación de profundo desasosiego.

Cerca de la medianoche, vimos a un hombre acercarse hacia nosotros. Provenía del oeste, como a una cuadra y media de distancia. Su andar era firme y rápido, pero sin correr. Inmediatamente lo reconocimos: ¡era Beto! Venía sin camisa, con la camiseta blanca de manga corta fajada dentro del pantalón de mezclilla. En ese momento la preocupación y angustia se tornó en tranquilidad y alegría. Respiramos aliviados y en un instante la calle quedó desierta. Todos los vecinos nos retiramos a descansar.

Al día siguiente, Domingo vino a mi casa y me explicó cómo Beto le contó que, cuando inició el tiroteo en la Plaza, se desató el desorden entre los que allí se encontraban, todos buscaban dónde

refugiarse. Beto y otras personas habían encontrado un local comercial donde unos sobre otros se tiraron al piso permaneciendo así hasta que la situación se calmó un poco y los balazos cesaron. Cuando comenzaron a incorporarse, el joven que estaba encima de él no respondía, ya estaba muerto.

De alguna forma, Beto logró escabullirse y alcanzó a llegar a la calle con la intención de escapar del lugar, pero la Unidad Habitacional estaba cercada por personal del Ejército y vehículos militares. Un oficial se le acercó y le ordenó subirse a uno de los camiones; le indicó que se sentara al fondo y que se mantuviera quieto y en silencio. Acto seguido, un soldado le echó encima una manga color verde olivo y le puso un casco en la cabeza.

Tras un periodo indeterminado de tiempo, les dieron la orden de partir. El camión se llenó de soldados que se acomodaron junto y frente a Beto; todos en silencio. El vehículo inició la marcha y circuló por quién sabe qué calles y avenidas. En algún momento el camión se detuvo.

El hombre que le había dado a Beto la orden de subir le indicó que se quitara el casco y la manga y que se bajara. Por último, le dijo enfáticamente:

—¡Pélate!

Blanca Lilia Ramírez Macín

EL ENORME TOBOGÁN

Yo tenía 11 años de edad y era una niña inquieta; Rosa María, una de mis mejores amigas, iba a cumplir 10 años. La recuerdo siempre tan traviesa, yo creo que por eso nos llevábamos muy bien; además, teníamos gustos similares por los juegos donde había mucha acción, como el bote pateado, el avión, las coleadas, los columpios, saltar la cuerda, entre otros. Casi no nos gustaban los juegos donde estuviéramos sentadas mucho tiempo.

Teresa, de 20 años y hermana de Rosa María, había descubierto un enorme tobogán cerca de Tlatelolco. Ya habíamos ido en dos ocasiones y planeábamos ir una tercera vez, aunque no sabíamos cuándo. Pero nada más de pensar que sería pronto, hasta nos dolía el estómago, sentíamos algo así como mariposas revoloteando por dentro. Teresa nos comentó que iríamos el miércoles 2 de octubre, ya que ese día no tendría su clase de inglés por la tarde.

Por fin llegó el tan ansiado día. Ellas pasaron por mí y tomamos el trolebús que nos dejaba cerca de Tlatelolco; íbamos muy emocionadas. Recuerdo que, al cruzar la Plaza de las Tres Culturas, notamos que había mucha gente, sobre todo estudiantes, que se dirigían hacia un edificio donde estaban muchísimos jóvenes reunidos. De pronto se escuchó un helicóptero, y vimos que este lanzaba luces verdes sobre los muchachos. Todos empezaron a correr por donde podían. Nosotras tres nos agarramos fuertemente de las manos, quisimos retroceder, pero fue imposible, ya que venían muchos soldados como perros rabiosos. Corrimos hacia adelante y seguimos a todos los jóvenes.

Fue terrible. Parecíamos animales asustados sin control, no sabíamos adónde ir, teníamos que correr correr y correr para escondernos. ¿Dónde? No lo sabía. El chiste era escapar de allí a como diera lugar. Quisimos entrar a un edificio, pero unos hombres altos, fuertes y muy enojados, no nos dejaron, además de gritarnos: «¡Aquí no entran, cabrones hijos de la chingada!».

Seguimos corriendo como si fuéramos un río. Pasamos por una guardería, sin embargo, nos fue imposible entrar, pues ya no cabíamos. Seguimos corriendo desesperados y entramos a un edificio. Subíamos pisos y tocábamos puertas hasta que una de estas se abrió. Una señora que vivía ahí nos dijo que entráramos rapidito, que nos tiráramos al piso y que, por ningún motivo, nos asomáramos por las ventanas; éramos como unas doce personas. Todos estábamos en silencio, mirándonos unos a otros. La dueña nos repartió pedazos de pan y seguimos calladitos.

De pronto se escucharon muchos disparos, gritos; nosotras nos mirábamos sin saber qué estaba pasando, teníamos mucho miedo. Así pasaron minutos, horas; no lo sé. Cuando ya no se escucharon los disparos, mi amiga Rosa María y yo pedimos permiso para ir al baño, nos dijo la señora que tuv iéramos cuidado. En el baño había una ventanita y nos subimos a la taza para asomarnos y ver qué estaba pasando, fue espantoso ver personas tiradas en el piso llenas de sangre, y que otras se quejaban. ¡Qué horror! ¡Pero por qué! No lo entendíamos.

Salimos mudas del baño y nos tiramos al piso. Después de un rato se escucharon nuevamente los disparos y ruidos de vidrios rotos, quizá de ventanas y lámparas, no se sabía; era angustiante escuchar todo eso.

También escuchábamos cómo los soldados, con sus bototas que pisaban muy fuerte, subían las escaleras. Nosotros seguíamos en silencio total, nos veíamos con mucho miedo. Las horas fueron largas. De repente ya no se escucharon los disparos. Ya era de noche, parecía que todo se había calmado. Nos pusimos de acuerdo para ver cómo íbamos a salir del departamento. Nosotras quedamos en salirnos con una señora como de 60 años de edad y un joven que tuvo que romper su credencial y dejarla ahí.

Al salir unos soldados, a gritos, nos dijeron que camináramos por un pasillo, "rapidito y sin voltear para ningún lado". Yo, con mucho miedo, vi de reojo a unos jóvenes sin ropa, parados frente a una pared, junto a unos camiones. Apresuramos el paso y al fin salimos. Ya en la calle nos despedimos de la señora y del joven para irnos a nuestras casas.

Pasó aproximadamente un mes cuando pudimos contarle a nuestras familias lo que habíamos vivido aquel miércoles 2 de octubre de 1968, en Tlatelolco, que nunca, pero nunca, podré olvidar.

Martha Francisca Medina Austria

INVITACIÓN INESPERADA

Me decían: «Oye, niña, responde: ¿qué deseas ser de grande?», y yo respondía: «Quiero ser maestra». Ese pensamiento, esa meta, la tuve presente siempre. Pasaron los años. Fui adolescente y asistí a la Secundaria 93. El uniforme que usaba era un jumper azul, tobilleras y blusa blanca, como todas las alumnas del segundo grado —creo que mi sueño estaba cada vez más próximo—.

En una tarde del 1968, esa ensoñación fue interrumpida por un grupo de jóvenes que entró a la escuela de manera imprevista. Los jóvenes llegaron directo a los salones; iban bien organizados. Explicaron sobre la situación económica de los mexicanos; hablaron de las carencias que la gente vivía, tanto en el campo como en la ciudad; mencionaron sobre los bajos salarios y los elevados costos de los productos básicos; y denunciaron la explotación y el maltrato que recibían los trabajadores por parte de los patrones.

Mientras los escuchaba, recordé las pláticas de mi padre. Él era empleado de un taller de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, en San Juan de Aragón. Mi papá se había dado cuenta de los golpes que daban a los jornaleros del campo. Los jefecillos hallaban cualquier pretexto para repartir varazos: eran crueles capataces. Mi papá nos decía que los trabajadores sufrían muchas humillaciones, además de mandarlos despóticamente y con groserías, y las amenazas de perder su empleo eran constantes; también, eran obligados a laborar en lugares insalubres o zonas de riesgo, sin equipo de protección adecuado y sin herramientas (ellos traían su machete, pico o pala).

Mi papá también nos explicaba que había muchos trabajadores eventuales, que venían de comunidades campesinas, cuyo contrato de trabajo lo obtenían después de uno o dos meses, de manera que ellos y sus familias no recibían el servicio médico inmediato del ISSSTE. Varios carecían de vivienda propia y eran de familia numerosa, y sus salarios eran muy bajos, sin posibilidad de aumento. También eran analfabetos, y esto les imposibilitaba defender sus derechos laborales, así como desconocer las condiciones generales de trabajo (el Sindicato de Trabajadores de Recursos Hidráulicos no los protegía). Por si fuera poco, el reglamento no era respetado, de tal modo que cualquier persona de oficina, de manera verbal, podía despedir al empleado.

Yo sabía que era urgente lograr la democracia sindical, así como el aumento salarial. Los estudiantes hablaban con énfasis de esa palabrita: *democracia*. Explicaban con mucho conocimiento y con entusiasmo contagioso. No oíamos asuntos ajenos. Cada uno de nosotros, estudiantes pobres, entendíamos perfectamente de lo que nos estaban hablando; además, nos invitaban a unirnos con otros jóvenes a exigirle soluciones al Gobierno.

Éramos aún muy chicos. Escuchábamos, pero también pensábamos y creíamos que nuestros ideales estaban al alcance de la mano. Y ahí, frente a nosotros, teníamos a unos jóvenes valientes, casi de nuestra edad, dispuestos a luchar. La invitación era muy atractiva, iríamos con ellos por mejores condiciones de vida para toda la familia. Nuestros padres y hermanos no pasarían más preocupaciones económicas, nos podrían comprar uniformes con mayor facilidad, calzado, útiles escolares, materiales para el taller y libros nuevos para cada año escolar; así, podríamos concluir los estudios de secundaria y, con el tiempo, terminar una carrera profesional.

Después de la información recibida, todos mostramos un semblante dispuesto a participar. Los muchachos nos indicaron que saliéramos de los salones sin atropellarnos, aprisa pero en orden. Fuera de la escuela caminamos en dirección a la esquina de Gran Canal y avenida San Juan de Aragón. Los uniformes de cada grado, rosa, azul y guinda, de las niñas sobresalían del beige de corte militar de los niños. Varios trasportes del servicio público nos esperaban;

los abordamos inmediatamente. Sobre la avenida, los vehículos circulaban uno tras otro, como en caravana.

De pronto, fuimos rodeados por las luces y el ruido de las patrullas. Creímos que nos marcarían un alto, pero no fue así. Nuestro temor creció porque los uniformados nos llevaban como si fuéramos reos. El entusiasmo decayó, íbamos ahora con una actitud triste, además de silenciosos y expectantes por desconocer nuestro destino. Nos condujeron a un edificio, para ello, tuvimos que caminar entre una valla de uniformados de mirada burlona, hiriente, grosera, amenazante. Nos hicieron pasar al interior de una sala enorme; allí, sentado, nos esperaba un funcionario uniformado, quien nos recibió molesto. Y comenzó su llamada de atención enérgica. Hizo referencia a nuestra irresponsabilidad por salirnos de la escuela sin el conocimiento de nuestros padres; a lo expuesto de la fuga de la tarde, casi de noche. Su actitud nos llenó de miedo e impotencia. Luego del discurso eterno y torturante, ese jefe dio la orden de regresarnos al plantel educativo en los mismos transportes.

El retorno fue muy penoso, frustrante. Oscurecía. Nunca supimos qué sucedió con los jóvenes líderes. Los medios de comunicación no comentaron la noticia. Mis padres y hermanos jamás se enteraron de esa escapatoria.

Cirilo Mayoral Bazán

TEZONTLE

A cincuenta años de aquel brutal acontecimiento, el recuerdo sigue vivo.

En 1968 yo estudiaba en la Escuela Superior de Economía, en el Instituto Politécnico Nacional, escuela de mucha efervescencia política en aquel tiempo. La imagen del maestro de Economía, el maestro Jaime, simpatizante del movimiento estudiantil, la tengo presente: piel clara, cabello castaño, siempre con su traje color café. Recuerdo que no le preocupaba que sus dedos fueran sustituidos por garfios.

Alrededor de las cuatro de la tarde, del 2 de octubre de 1968, el maestro Jaime se integró al contingente para hacer el recorrido del Casco de Santo Tomás a la Plaza de las Tres Culturas, sitio representativo de tres etapas históricas diferentes. La marcha era pacífica, sin embargo, otro sería el destino de los estudiantes.

Dos grandes comisiones se quedaron en la Escuela Superior de Economía: la encargada de elaborar carteles y los que teníamos la responsabilidad de proteger el plantel, porque los líderes decían que el Ejército pretendía tomarlo, como ya lo había hecho con el área donde se concentraban escuelas, oficinas, bibliotecas y espacios deportivos del IPN, mejor conocido como Casco de Santo Tomás.

Pasaban las horas y no se sabía nada del mitin en Tlatelolco. Ya entrada la noche, de aquel lamentable 2 de octubre, los que hacíamos la guardia en la puerta de la escuela vimos llegar al maestro Jaime, se encontraba agotado, pálido y con su traje sucio.

Respiraba con dificultad y sus ojos reflejaban mucho miedo: miraba hacia todos lados.

Lo abrazamos al verlo en esas condiciones. Él se frotó los ojos, agachó la cabeza y lo escuchamos decir: «Los soldados están matando a los estudiantes». Yo sentí mucho miedo.

Con la voz temblorosa, el maestro relataba que la marcha del Casco de Santo Tomás a Tlatelolco había avanzado con normalidad, pero que, al llegar al lugar de la concentración, se encontraban varios camiones con soldados. Decía que él había llegado hasta la explanada, donde ya había mucha gente: personas adultas, mujeres con niños y muchos jóvenes estudiantes; y que escuchó la arenga de los líderes, quienes estaban en el tercer piso del edificio Chihuahua.

«Los jóvenes reían, cantaban, echaban porras y aplaudían. El ambiente era tranquilo», decía. Sin embargo, contaba que sintió nervios al ver a un helicóptero dar vueltas sobre la Plaza. De repente, vio cómo una luz de bengala apareció en el cielo. Cuando escuchó los primeros disparos corrió junto con la gente. Explicaba que los truenos se oían por todos lados. Escuchó el ruido de los soldados que avanzaban a paso veloz. Contaba que el olor de la pólvora era penetrante. Las personas corrían atropellándose unas con otras. Los lamentos y los gritos de auxilio le provocaban angustia. Se caía y se levantaba para seguir avanzando.

Tenía mucho miedo, comentaba que él no quería morir. Se le quebraba la voz cuando mencionó que el ataque de los soldados en contra de los estudiantes era despiadado. Su esfuerzo para escapar de ese lugar fue desesperado y vivió momentos de pánico al no encontrar la salida. Durante su carrera por los andenes vio una pequeña barda, se impulsó y logró brincarla. Así fue, dijo, como él pudo salir de lo que parecía una jaula sin salida.

Al terminar su relato, el maestro Jaime fue tomado del brazo por dos maestros, quienes lo acompañaron a su domicilio. Los integrantes de las comisiones decidimos salir del plantel, por nuestra seguridad.

Con temor y angustiado, yo me fui a mi casa.

María Enriqueta del Carmen Valdez Fuentes

CONTRASTE

A pesar de no haber tenido gran cercanía con los hechos estudiantiles, que culminaron con la masacre de Tlatelolco de 1968, en realidad, me involucré indirectamente.

Para el 68, yo había cumplido 16 años el 15 julio. Tenía aún una conciencia infantil, con ese gusto y disfrute tanto por los juegos como por las canciones para niños, así como de bailar al escuchar el ritmo de la música; de sentirme viviendo en una fantasía, como si estuviera dentro de una burbuja envuelta entre sábanas o telas blancas a manera de velos, que me impedían ver la realidad tal cual, sin percatarme de que las personas podían tener malas intenciones. En pocas palabras, no conocía la maldad. Y no tenía noción alguna de lo que sucedía afuera, de lo que pasaba en mi hogar y en mi vida estudiantil.

En ese entonces me encontraba cursando el segundo grado en la Preparatoria 5, ubicada en Coapa, y mi pasión era asistir al grupo avanzado de danza regional, de lunes a viernes, de dos a cuatro de la tarde, antes de mis clases académicas, así como los sábados, de cuatro de la tarde a las ocho de la noche.

Haciendo memoria de lo que pasaba en esa época, recuerdo que mi hermana Tere, un año mayor que yo, había participado en el movimiento estudiantil de l968. Pero no sabía mucho del tema y de cómo ella había participado, así que, recientemente, me acerqué a ella para platicar sobre el tema, y así fue como recopilé información. Ella se puso a recordar, haciendo algunos comentarios, pero con algunas

pausas porque no tenía muy claros sus recuerdos. Tere escribió lo que iba recordando. A través de unas hojitas escritas con su puño y letra, que me entregó en dos ocasiones diferentes, ella me comentó:

"Uno de los compañeros de la prepa, con seudónimo de Anton, nos reunió en su casa, ubicada al sur poniente de la ciudad (tal vez en Coyoacán o San Ángel), para organizarnos. La construcción constaba de tres niveles, el inferior quedaba bajo el nivel de la banqueta. Era muy amplia y mostraba un nivel social económico superior al que muchos teníamos, sin embargo, en esos momentos, nos sentíamos todos como hermanos. Recuerdo que allí Anton nos instruyó sobre cómo y dónde entregar los volantes, con el fin de dar a conocer los acontecimientos y el repudio que teníamos hacia el Gobierno; asimismo nos pidió que lleváramos un bote para solicitar ayuda económica, con la cual podríamos seguir informando con volantes el curso del movimiento. Organizados en grupitos de dos o tres, mis compañeros y yo abordábamos camiones para realizar la labor, haciendo uso también de nuestra voz; siempre en forma ordenada y respetuosa. Uno de los lugares que vistamos fue Iztapalapa".

Mi hermana Tere agregaba:

"En una marcha de protesta, donde se llevaron pancartas con el Che Guevara y mensajes de rechazo a la violencia contra seres indefensos y sin justificación alguna por parte del Gobierno, gritábamos porras por la libertad de expresión y por la libertad a presos políticos".

Mientras mi hermana Tere participaba en el movimiento estudiantil, un sábado, ya habiéndose iniciado la huelga estudiantil, al concluir mi ensayo de danza regional, en el salón nos percatamos de que en el piso había vidrios rotos, que correspondían a los grandes ventanales de la cafetería, y, dentro de esta, se alcazaba a ver el desorden. Los vigilantes de la prepa nos informaron que habían sido *porros* de otros planteles los que habían entrado a hacer destrozos y a hurtar cosas. Al llegar a casa, le comenté lo sucedido a mi papá, quien me dijo que era mejor que ya no fuera a la prepa hasta que la huelga terminara y la situación se normalizara. Yo me sentí triste porque no sabía por cuánto tiempo sería. Ni siquiera pude avisarle a la maestra de baile, pues no contaba con su número telefónico, ni tampoco con los números de mis compañeros.

Yo me daba cuenta de que mi papá platicaba con Tere en relación a lo que estaba pasando. En alguna ocasión habían ido a volantear, incluso llegué a ver los volantes: eran como unas tiras de papel revolución, de aproximadamente diez centímetros de ancho y de largo, como cortadas de una hoja carta. Ahora no recuerdo más que eso.

Para ese entonces, ya había escuchado, no sé si en las noticias o por boca de mi papá, que había sucedido un acontecimiento muy violento entre estudiantes, allá por la Ciudadela, en las cercanías de la Vocacional 5. Dicho acontecimiento había sido aplacado duramente por elementos policiacos. Como los estudiantes eran muy jóvenes, los padres y la comunidad protestaron.

Yo entendía que ese había sido uno de los brotes de la protesta estudiantil, razón por la que se unieron al movimiento estudiantes del Politécnico y de la UNAM, y que eso contribuyó para que se constituyera el Consejo Nacional de Huelga. En consecuencia, las prepas y las vocacionales se habían incorporado parando las clases de ambas instituciones. Poco tiempo después de que dejé de ir a mi prepa supe que las instalaciones habían sido tomadas por los granaderos. Y me pregunté: «¿Granaderos?, ¿quiénes eran los granaderos?, ¿qué hacían ahí?, ¿por qué?».

Empecé a percibir un ambiente de preocupación, ya que llegué a escuchar en casa canciones de protesta, no por la radio, sino posiblemente por discos prestados. Algunas de las que me parece recordar fueron "Comandante Che Guevara", de Silvio Rodríguez, "Qué dirá el Santo Padre", con el grupo Quilapayún, y "Sólo le pido a Dios", con Mercedes Sosa. Tere me comentó que, cuando participó en el movimiento, no sintió miedo, pues consideraba que, al formar parte del grupo, no corría peligro realizando actividades planeadas que protestaban por una causa justa. Ella me dijo: «No sé si era porque no estaba maleada o porque aún era muy joven, y no pensaba en ninguna consecuencia negativa o en el alcance que podía tener».

Recuerdo que todo eso me daba miedo, sentía una sensación de frío que me recorría por la espalda y mi piel se ponía chinita. Pero nunca lo comenté. También había escuchado a mi papá preguntarle a Tere que si pensaba presentarse al mitin del 2 de octubre, ella

asintió, entonces, le dijo que la acompañaría, pero que tomarían precauciones.

Tere escribió al respecto:

"Los días transcurrían y los alumnos de la Universidad y del Poli estábamos unidos como nunca: hombro con hombro, vibrando con el mismo sentimiento y deseo, una sola alma. Y así se programó un mitin, siempre pacífico, en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, pero, en mi caso, quiso Dios que un día antes me internaran en el hospital para realizarme unos estudios médicos por un problema de columna".

Cuando en la noche del 2 de octubre dieron las noticias del mitin en la Plaza de las Tres Culturas, presentando algunas imágenes, mi papá se mostró preocupado por el curso que había tomado el movimiento estudiantil, y a la vez agradecido por no haber estado allí. Yo permanecía a la expectativa. ¿Podía hacer algo?, ¿pero qué? Jamás dije nada al respecto.

Mi papá tenía suscripción en un periódico. Al día siguiente, fue al hospital para llevarle un ejemplar a Tere para que estuviera al tanto de las noticias. Ella me escribió:

"Recuerdo que al ver el encabezado y las fotos de aquel 2 de octubre, mi corazón se sobrecogió y lloré antes de seguir leyendo. Después busqué en la lista de muertos y desaparecidos algún conocido. Ya en una ocasión anterior mi padre me había acompañado a una marcha y se preocupó mucho cuando me desaparecí entre los manifestantes. Pero en aquella ocasión, papá, aunque estaba conmovido, se sentía tranquilo porque yo me encontraba a salvo. Mi pasión estaba aún en el movimiento. No obstante, después del 2 de octubre mi participación tuvo que ser menos abierta, había muchos rumores y en mí surgieron muchas dudas".

Ella reflexionó acerca de si se había perdido la esencia del movimiento, por lo que su asistencia a reuniones o al volanteo fue disminuyendo paulatinamente. También recuerda que escuchó rumores de que los cuerpos que se recogieron de la Plaza de las Tres Culturas habían sido llevados al Campo Militar Número 2, donde los aventaban como objetos que, al caer unos sobre otros, quedaban apilados.

Por otro lado, un detalle que creo importante mencionar es que en casa siempre tuvimos libre acceso tanto a libros como a revistas, y yo tomaba sin ningún problema cada nuevo ejemplar de las revistas que había, como la que se llamaba ¿Por qué?, que llevaba mi papá o Tere. Así que, estando en casa, lo que veía y leía no era muy claro para mí, como la omisión del hecho de que los granaderos recibieron la señal de ataque a través de un guante blanco, del número de muertos en la Plaza, de los que fueron detenidos y de los desaparecidos. Además, las revistas mostraban fotos en blanco y negro de la masacre, donde no sólo había estudiantes sino también habitantes de la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco, que se cruzaron en la trayectoria de la lluvia de balas disparadas; y también que en la cárcel tenían detenidos a chicos de secundaria, que, quizás, al igual que yo, vivían ajenos a lo que estaba sucediendo en ese momento en el país.

Recuerdo una foto que me impresionó mucho, una en la que aparecían a quienes tenían presos, todos estaban amontonados en una celda, en la esquina inferior. Del lado derecho de la foto, se podía observar a un chico, quizá, con su uniforme de secundaria, pegado a los barrotes. No me queda claro si sus ojos se veían muy grandes por el miedo que reflejaban o si era porque traía lentes. Observarlo me hizo sentir muy triste porque se apreciaba que era muy niño. A mi parecer, tendría 12 años cuando mucho y ¡estaba detenido! En ese momento pensé en mi hermana Ana, que estudiaba el segundo grado de secundaria, que, por suerte, se encontraba a salvo en casa, al igual que mis hermanos: Ignacio, que cursaba el segundo año de primaria, y Octavio, que iba en el jardín de niños.

El impacto de los hechos reflejados mediante esas imágenes en blanco y negro, sobre todo las publicadas en diversos impresos, me hacían pensar y, de alguna manera, sentir el peligro que vivieron mi papá y Tere cuando salían a volantear, ya que, según recuerdo, lo hacían de noche cuando mi hermana terminaba sus clases vespertinas.

Ante todos los hechos ocurridos durante el movimiento estudiantil y, particularmente, los del 2 de octubre, mi papá nos dijo que expresaríamos el descontento con el presidente Díaz Ordaz y su gobierno no presenciando las Olimpiadas. Así que, en casa, no

se puso nunca un evento de las Olimpiadas, que fueron transmitidas por la televisión y la radio; y mucho menos asistimos a alguno. No sé si esta decisión que tomó mi papá la compartió con algún familiar o sus compañeros de trabajo.

Yo me encontraba con una gama de interrogantes acerca de lo que estaba pasando. Me preocupaba cuándo acabaría la huelga para así regresar a clases. Bajo estas circunstancias, pensaba que, si hubieran asistido Tere y mi papá al mitin del 2 de octubre y no hubieran regresado, ¿qué habría hecho mi mamá?, ¿cómo le hubiera ido a la familia sin ellos? También me preguntaba si la ubicación de la casa en Villa de Cortés nos ponía a salvo. Jamás pedí respuestas a esas interrogantes, pues no acostumbraba preguntar nada a nadie sobre lo que consideraba que les correspondía a los adultos. Cabe mencionar que era muy tímida y que, además, creía que no era correcto preguntar al respecto, pues no era asunto mío. Recuerdo lo que decía mi bisabuelita paterna: «Cuando cana, cana y cuando moco, moco», refiriéndose a que cada uno tiene su momento, ya sea como adulto o como niño; yo ya no era niña, pero aún no era adulta. Era una espectadora sin voz ni voto.

Cuando terminó la huelga, fui a la prepa a buscar la canastilla que me habían asignado para mis implementos de baile (mi falda; los zapatos de danza; un paliacate; una pequeña botella de refresco Chaparritas, que utilizaba en el Baile de la Botella para que no la tirara debido a que medía un metro con cuarenta y seis centímetros de estatura; el rebozo rosa y tejido a mano, que le pertenecía a mí mamá y que me lo había llevado a escondidas), pero, al abrirla, me di cuenta de que ¡ninguno estaba ahí!

Además, me enteré de que, durante la huelga, el grupo de danza siguió ensayando fuera de la prepa y de que se organizó para ir a Estados Unidos en septiembre, a fin de festejar los días patrios bailando, tanto el cuadro jalisciense como el veracruzano. Yo me sabía los bailables y la coreografía de ambos cuadros, pero me perdí la oportunidad, ya que nadie me lo comunicó, tal vez porque dejé de ir a los ensayos.

De esta forma mi vida transcurrió en ese confuso e incierto 1968.

José García Méndez

¡NO QUEREMOS OLIMPIADA, QUEREMOS REVOLUCIÓN!

Después de cinco días de ausencia, me presenté a trabajar. Marqué mi tarjeta de entrada poco antes de las ocho de la mañana. Trabajaba en Teléfonos de México, en el departamento de Troncales. Mi trabajo consistía en enlazar las diferentes centrales telefónicas instaladas en la Ciudad de México, con la finalidad de hacer más rápida y eficiente la comunicación telefónica, sobre todo porque se acercaban dos acontecimientos importantes para el país, los Juegos Olímpicos de 1968 y el Campeonato Mundial de fútbol en 1970.

Aquel día, apenas ingresé a las instalaciones que se localizaban en la Central Victoria, mi jefe, el ingeniero Benavides, sentado cómodamente en el sillón de su escritorio, me llamó con un gesto de autoridad a su oficina. Me preguntó por qué había faltado tantos días, no sin antes recordarme que, por faltar cuatro días seguidos, podría ser despedido. Le platiqué lo que había sucedido el 2 de octubre en Tlatelolco, y que mis faltas al trabajo habían sido provocadas porque había estado preso en la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla.

En 1968 yo tenía 18 años y era estudiante de primer año en la Preparatoria 3. Por ser jefe de mi grupo, pertenecía al Comité de Lucha. El 2 de octubre pedí permiso para salir más temprano de mi trabajo para poder asistir al mitin, pues la salida era a las cuatro de la

tarde. Mi centro de trabajo se encontraba en la calle de Victoria, por lo que al concedérseme el permiso, me fui caminado por la avenida San Juan de Letrán hasta llegar a la Plaza de las Tres Culturas. Por acuerdo de la asamblea y del Comité Nacional de Huelga, debíamos reunirnos en el templete donde se encuentran las astas bandera.

La tarde era bastante soleada. Caían sobre la Plaza numerosos contingentes, formados por maestros, ferrocarrileros, estudiantes y trabajadores en general, que llegaban al mitin portando pancartas. Recuerdo que una de ellas decía: "Mi esposa no vino porque está enferma, pero venimos mis hijos y yo".

Al ver que nuestros compañeros no llegaban al punto de reunión, Ricardo Gómez Malpica, quien apenas tenía 16 años y que era mi compañero de grupo, y yo decidimos dar una vuelta por la Plaza para ver si encontrábamos a algunos compañeros. Recorrimos el lugar, pero, al no encontrar a nadie, acordamos regresar al punto de la cita. Serían cerca de las 5:30 de la tarde cuando empezamos a escuchar ruido de motores. Miramos hacia arriba y vimos un helicóptero volar sobre la Iglesia de Tlatelolco. La aeronave lanzaba luces de color verde sobre la Plaza; las luces cayeron cerca de nosotros. Al principio creímos que era algo festivo, sin embargo, después nos enteramos de que, como en la Guerra de Vietnam, cuando son lanzadas las luminarias es el momento indicado para que el Ejército inicie el ataque.

Escuchamos el ruido de las botas sobre los adoquines, muchos soldados salían de entre las ruinas de la zona arqueológica, de la iglesia y por el pasillo que lleva del Eje Central —antes San Juan de Letrán— hacia la Plaza de las Tres Culturas, pues se habían instalado desde la noche anterior en el estacionamiento subterráneo del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores —mi esposa Carolina, que vivía en la esquina de Allende y Nonoalco, asegura que, al sacar a su perro a pasear por la noche, se dio cuenta de este hecho—. Individuos vestidos de traje y corbata, y con un guante blanco en la mano izquierda y con un arma de fuego en la derecha —después nos enteramos de que eran integrantes del Batallón Olimpia— empezaron a disparar a los asistentes del mitin y a los soldados. Desde el tercer piso del edificio Chihuahua, los oradores nos decían que

no corriéramos, que era una provocación, que eran balas de salva; alguien gritó: «¡Son de sálvate si puedes!».

La balacera comenzó y, como dijo el cantautor José de Molina: «Con escarapela tricolor y plan de táctica con sello mexicano», empezamos a correr mientras yo jalaba del suéter a Malpica, quien siempre estuvo conmigo. Las balas chocaban en el piso y las esquirlas nos golpeaban los tobillos, las puertas de la iglesia fueron cerradas para que nadie pudiera entrar, intentamos salir por Nonoalco —hoy Flores Magón—, pero ya el Ejército había cerrado las salidas.

Nuestra otra opción era salir por la avenida Reforma, sin embargo, para ello teníamos que atravesar toda la Plaza en medio de una lluvia de balas, pues la planta baja del Chihuahua ya se encontraba llena de gente. En nuestra carrera, sólo recuerdo a una señora de la tercera edad parada junto al asta bandera cantando el Himno Nacional.

Salimos corriendo de la Plaza, miré hacia atrás y ya dos compañeros cargaban a un herido que había sido lastimado en las piernas. Cuando pensamos que podríamos salir por Reforma, de frente nos encontramos con un grupo de soldados, todos jóvenes y visiblemente drogados, los cuales, con la bayoneta calada, nos gritaron: «¡Ahora sí, cabroncitos!, ¿no que querían su revolución?». No nos detuvimos, seguimos corriendo, intentando salir por Manuel González. Al ir corriendo nos dimos cuenta de que los accesos al edificio Tamaulipas estaban abiertos; decidimos refugiarnos allí. Subimos corriendo cinco pisos, ¿cómo lo hicimos? No lo sé, pero ya una señora tenía abierta la puerta de su departamento y nos indicó que entráramos. Adentro nos encontramos con más compañeros de Filosofía, Medicina y Economía. Desde la ventana de la recámara del departamento pudimos observar cómo los tanques disparaban sobre el edificio Chihuahua.

A eso de las ocho de la noche, llegó un hijo de la señora y le informó a su madre que los soldados estaban revisando departamento por departamento, y, donde encontraran estudiantes, todos serían detenidos.

Decidimos salir del Tamaulipas. Todo era confusión, no había agua, teléfonos ni luz. En el ambiente se percibía el olor a pólvora.

Había heridos, muchos heridos. También se escuchaban muchas quejas de dolor. No sé cómo llegamos a la planta baja del Chihuahua, fue ahí donde los soldados nos detuvieron; se escuchaban muchos gritos que daban órdenes a los soldados y a los integrantes del Batallón Olimpia. También había muchos compañeros que tenían los brazos levantados y que estaban semidesnudos. A nosotros, con las puntas de las bayonetas, nos empujaron para que camináramos más rápido. Cuando ya nos llevaban detenidos, con las manos sobre la nuca y con la derrota sobre nuestras espaldas, individuos pasaban corriendo junto a nosotros, gritando: «¡Aquí Batallón Olimpia!».

Subimos las escaleras que llevan a la Plaza, los soldados nos hicieron atravesarla pero en sentido contrario al que habíamos corrido, sólo que ahora se escuchaban pocos disparos. Nos colocaron en el terreno de las ruinas, en la zona arqueológica que está a un lado de lo que fue la Secretaria de Relaciones Exteriores, y empezó a llover. Éramos muchos los detenidos, había diplomáticos, periodistas, trabajadores, estudiantes; y yo no soltaba mi libro de *Historia Universal Contemporánea*, de Ida Appendini, porque, supuestamente, cuando terminara el movimiento tendría examen de Historia.

Como a las diez de la noche, nos sacaron de la Zona Arqueológica y nos llevaron a un corredor que se encuentra entre la iglesia y el edificio que se localiza en la Plaza de las Tres Culturas. Tirados en el piso, otra vez escuchamos el grito de «¡Aquí Batallón Olimpia!», el grupo buscaba entre los detenidos, según decían, a los líderes del movimiento.

Cerca de las once de la noche, nos sacaron del corredor y nos colocaron en filas de seis atrás de la iglesia y de frente al Chihuahua. Había una señora que se dedicó a recolectar datos, domicilios y números telefónicos de los detenidos para poder avisarles a sus familiares. De pronto, nos empezaron a disparar con ametralladoras desde el Chihuahua. Las balas pegaban en la pared, un poco más arriba de nuestras cabezas, por lo que tuvimos que tirarnos al suelo. El polvo y la tierra, que se desprendían de la pared, caían sobre nosotros. Quien intentara ponerse de pie y correr era sometido por los soldados a patadas y a culatazos. Los soldados, como portaban grandes ametralladoras con tripié, respondieron al fuego; sus armas

disparaban balas grandes y gordas, que producían un sonido hueco. Tuvimos que soportar varias veces el tiroteo.

Ya cerca de las cuatro de la mañana, tuve que abandonar mi libro de Historia a su suerte. Nos llevaron al estacionamiento, a un costado de la Plaza, donde después se construyó la guardería para los hijos de los trabajadores de la SRE, y que ahora es una biblioteca. Estábamos mojados, cubiertos de polvo y tierra, con frío, y, sobre todo, con miedo. Los camiones que nos trasladarían a la cárcel fueron llegando poco a poco, no sabíamos adónde nos llevarían; unos decían que a Lecumberri, otros que al Campo Militar Número 1. Pero cuando llegaron los camiones, que eran conocidos como *Delfines*, nos enteramos de que nos trasladaría a la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla. Fuimos acomodados dos estudiantes en cada asiento, custodiados por granaderos.

A eso de la siete de la mañana llegamos a la *Peni*, como le decíamos. Nos recibió el director del penal, un teniente coronel del Ejército muy formal, con su uniforme de militar, con casaca color verde olivo, pantalón caqui, zapatos negros y muchas medallas en el pecho. De entrada nos dijo que se encontraba muy triste, pues habíamos herido, según él, a su amigo, el general Hernández Toledo, quien había dirigido el ataque de Tlatelolco.

El director, de manera amable, nos dio la "bienvenida" y nos informó que, pronto, nos darían de desayunar. Después de tenernos de pie varias horas en el comedor, colocaron a cuatro de nosotros en cada celda y nos dieron un bolillo y un vaso de plástico color azul con café negro, que llevaban en un tambo que iba sobre un diablito. El único problema que tuvimos fue que sólo había un vaso para más de seiscientos detenidos, según nos decían los policías, por lo que teníamos que beber lo más rápido posible para que les tocara a los demás.

Llegó la hora de la comida. Nos sirvieron sopa de fideo, carne de res con verduras, frijoles —de esos grandotes que les dicen ayocotes— y un bolillo. Pero los platos, que eran de aluminio con divisiones, estaban visiblemente sucios, y la comida, revuelta. Fácilmente podíamos clavarles a los platos la uña por la cantidad de grasa que traían pegada, por lo que la comida se regresó. Más tarde

el director nos visitó para preguntarnos por qué no habíamos comido, algunos compañeros le explicaron las condiciones en que nos habían proporcionado los alimentos y por qué los habíamos desechado. Nos anunció que más tarde nos llevarían jabón; zacate; platos y tazones de plástico limpios, aunque sin cucharas; colchones y una cobija. El problema había sido, según nos dijo el director, que no esperaban a tantos detenidos y en Santa Martha habíamos más de seiscientos cincuenta, según nos indicó el Teniente Coronel.

Después de la cena y ya con el estómago lleno, intentamos dormir. La luz se apagaba a las siete de la noche y la crujía quedaba iluminada con una luz amarillenta, pero, casi diario, a las tres de la mañana, llegaban los policías y empezaban a golpear con un tubo las rejas de las celdas para despertarnos y llevarnos a declarar. Yo sólo pensaba en qué iba a decir en mi trabajo por los días que me ausentara. Durante los días que estuvimos en la prisión, tres veces al día comíamos frijoles y un bolillo; en la mañana y en la noche nos daban café con leche, que estaba exageradamente dulce y me provocaba náuseas.

Nos colocaban en filas y pasábamos uno por uno ante un agente del Ministerio Público. Nos hacían preguntas, como cuál era nuestro nombre y dirección, qué hacíamos en Tlatelolco, si habíamos disparado un arma de fuego, a qué partido político pertenecíamos, de qué escuela éramos. Otras veces nos despertaban para hacernos la prueba de la parafina, que consistía en meter las manos en un recipiente con cera muy caliente para comprobar que no tuviéramos huellas de pólvora en las manos, lo cual era muy doloroso.

Un día después de la masacre, nos enteramos, por los periódicos —los custodios vendían de todo, hasta en el doble de su precio—, de que sólo habían sido poco más de sesenta muertos en el mitin. Nunca supimos realmente cuántos muertos hubo.

Mi padre, que había trabajado en la Fábrica Nacional de Pólvora y que conocía a militares de alto rango, se dedicó a buscarme. Sus jefes y conocidos le contestaron que perdiera toda esperanza de encontrarme con vida, pues había muchos estudiantes muertos aquella tarde en Tlatelolco.

Cinco días después, como a las nueve de la mañana, fuimos liberados a pesar de que los policías nos decían que ya no íbamos a salir o que tal vez lo haríamos cuando terminara la Olimpiada. Otra vez tuvimos que someternos al interrogatorio; una vez más me preguntaron mi nombre y dirección, y también qué había estado haciendo en Tlatelolco; les respondí que había ido a visitar a una tía que vivía en el edificio Batallón de San Patricio; si había disparado un arma de fuego; en qué escuela estaba inscrito; a qué partido político pertenecía, les respondí que a ninguno. El agente del Ministerio Público me dijo que iba a poner que pertenecía al PRI, protesté, y me respondió que si ponía que yo no pertenecía al PRI, no saldría libre; entonces, me hice priista.

Ya libres y en la calle, Malpica, yo y otros compañeros tuvimos que pedir dinero a algunas de las personas que esperaban a que sus familiares fueran liberados, pues no traíamos dinero ni para el camión. Ya en el autobús, algunos compañeros empezaron a organizar brigadas para informar a la gente de lo que había sucedido el 2 de octubre en Tlatelolco.

Al día siguiente de haber sido liberado, como conté en un inicio, me presenté a trabajar y le expliqué al ingeniero Benavides lo que había pasado en aquellos días que me ausenté. Él se me quedó mirando y respiró profundo, mientras yo lo miraba expectante. Después de algunos segundos me dijo que los días que había faltado me los tomarían a cuenta de mis vacaciones, que me presentara con mi jefe inmediato y que terminara mi trabajo, porque estaba muy atrasado.

ÁLBUM FOTOGRÁFICO

FOTOGRAFÍAS:
Gerardo Jaso

Cipactli Rodríguez Martínez ***Triste recuerdo***

Graduación de Cipactli —de pie en la esquina inferior izquierda— de la Escuela de Enfermería y Obstetricia del Instituto Politécnico Nacional

Cirilo Mayoral Bazán ***Tezontle***

Símbolos del 68: Suéter, zapatos, piedra de tezontle y credencial del IPN

◀ Martha Francisca Medina Austria ***Invitación inesperada***

Tres notas de despedida de las compañeras de secundaria, sobre cartel conmemorativo del M68

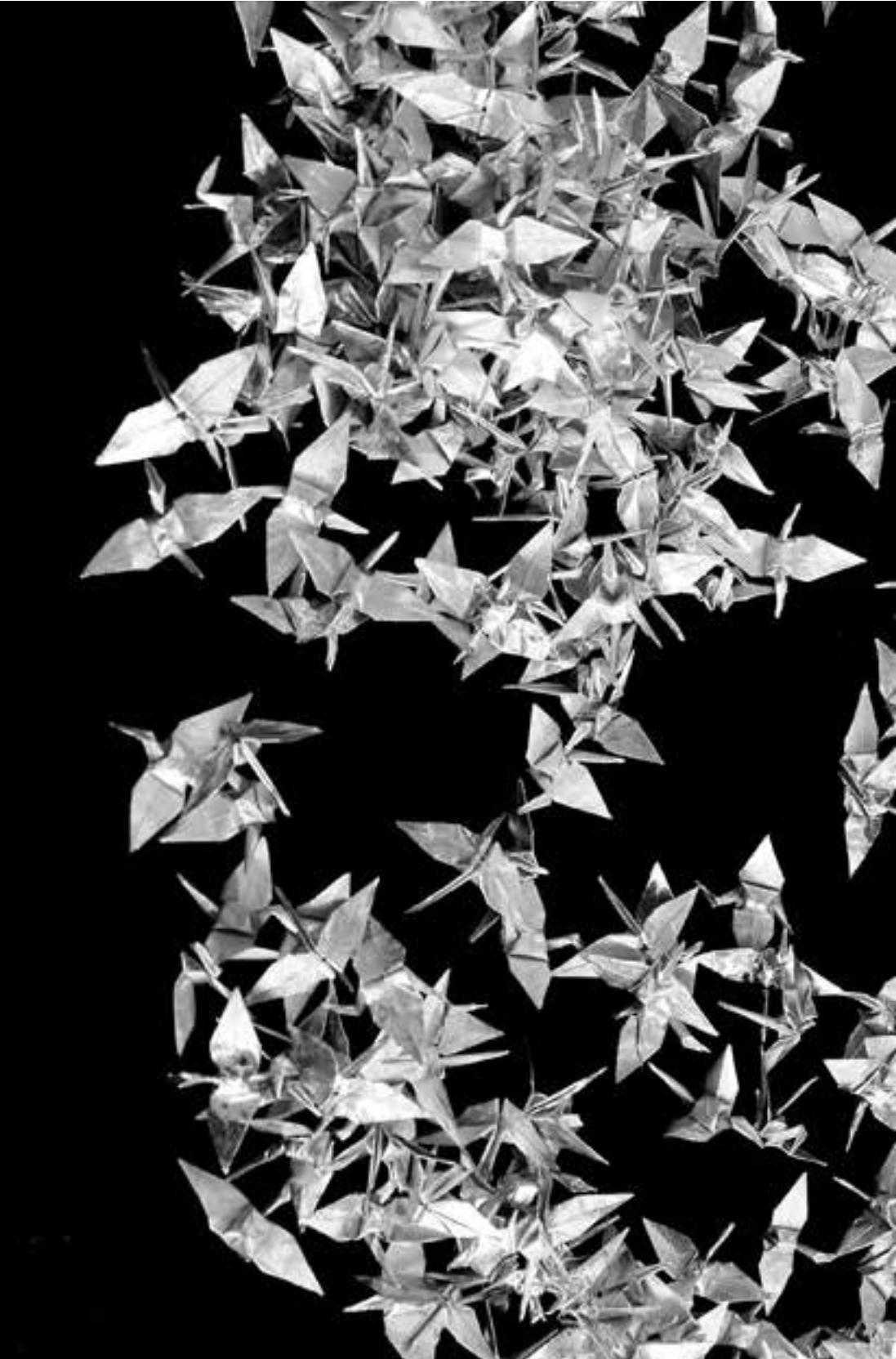
María Luisa Moreno Suárez ***Uno entre la tropa***

Manga verde olivo utilizada por el Ejército en el 68

Mari Sano ***Reloj colibrí de mi padre*** ▶

Mil grullas por la paz realizadas por la mamá de Mari Sano en Japón y traídas especialmente a México

José García Méndez ***¡No queremos Olimpiada, queremos Revolución!***



Mari Sano ***Reloj colibrí de mi padre***

Mitsugi Sano vestido de mariachi • Grullas por la paz hechas con la técnica japonesa de origami • Mitsugi Sano cargando a Mari Sano en Japón, justo antes de viajar a México en 1968

Blanca Lilia Ramírez Macín ***El enorme tobogán***
Credencial escolar, cuerda para saltar y aretes de la infancia

Sonia Norma Angeles Luna ***Pequeñas memorias del 68***
Juguetes de Sonia

Sonia Norma Angeles Luna ***Pequeñas memorias del 68***

Ivonne Ojeda Rosete ***Coincidencias***

Mamá Cuca, mamá de Ivonne, con blusa negra • Acta de defunción del bisabuelo de Ivonne. Él era militar... Su nombre: José María Ruíz Ordaz • Periódico *La Prensa*, del 22 de septiembre de 1968, en la página 35 aparece mamá Cuca

Rubén Frola Jaime

La vida es como un juego de ajedrez sobre un tablero infinito; yo nací peón

Alicia Castelán Moreno ***La hora del rocanrol***
Recuerdos del 68

Sonia Norma Angeles Luna

PEQUEÑAS MEMORIAS DEL 68

Llegué a Tlatelolco a los seis años, y para el 2 de octubre del 68, yo tenía diez años. Ese 2 de octubre comimos en familia: Eduardo, mi papá, quien trabajaba y estudiaba para Contador Público en el Casco de Santo Tomás; Virginia, mi mamá, quien se dedicaba a la casa y a cuidarnos a mi hermano Lalo —un año mayor que yo— y a mí.

Ese día acordaron que iríamos al Teatro Blanquita. La función terminó entre las ocho y las nueve de la noche. Cuando salimos del teatro, nos pareció que había poca luz en la calle, en ese momento pasaron frente a nosotros dos carros con muchachos heridos y ensangrentados. Uno de ellos traía un altavoz en mano y gritaba: «¡Mira, pueblo, mira cómo nos trata el Gobierno y tú no haces nada!».

Mis papás no entendían qué estaba pasando. Se veía mucha gente caminando en la calle, pues no había transporte. Decidieron que fuéramos a cenar al Súper Leche, un restaurante que estaba sobre la avenida San Juan de Letrán. Después de cenar tuvimos que caminar un tramo de regreso a casa hasta que pudimos tomar un taxi.

Cuando llegamos vimos una hilera de soldados custodiando la Unidad, sobre Nonoalco. Mi papá le dio a mi mamá su credencial, y ella se la metió debajo del brasier, guardándosela por la cintura —en ese tiempo, ella usaba sostén de talle largo y falda—. Al bajarnos del taxi nos acercamos para entrar a la Unidad, y un soldado nos detuvo y preguntó qué queríamos; mis papás contestaron que vivíamos

allí. Acto seguido, los registró y nos dejó pasar. No había luz en la Unidad, en cambio, en la Colonia Guerrero se veía poca. Entramos y caminamos por el corredor, estaba muy oscuro, además, había un silencio estremecedor. Sentí miedo y frío.

A lo lejos, se escuchaban gritos y balazos. El corredor me pareció más largo que de costumbre. Llegamos al edificio Leandro Valle —la entrada era la D y el departamento, el 414—, vivíamos en el cuarto piso. Nuestra vecina, la señora Eva, fue a vernos para platicarles a mis papás lo que había visto y escuchado.

Mi papá nos llevó al cuarto. A Lalo y a mí nos pidió que nos acostáramos sobre unas cobijas que había puesto en el piso para que ya nos durmiéramos. Nos advirtió que no nos fuéramos a asomar por la ventana, pues se oían balazos y gente correr en ese silencio. Mi hermano y yo teníamos curiosidad de ver qué pasaba afuera, así que nos asomamos por la ventana. Nos colgamos del quicio, apoyándonos con los brazos hasta el codo y la punta de los pies en el zoclo de la pared. De repente, vi un muchacho que era seguido por un soldado, los dos estaban justo debajo de nuestra ventana. Lalo y yo vimos cómo lo sometió, lo pateó y, finalmente, lo picó con el rifle. Nos asustamos, pero queríamos seguir observando.

Cuando nos cansábamos de estar colgados, descansábamos y nos volvíamos a colgar. De pronto vi correr a varios soldados sobre el corredor que queda a un lado del edificio Donato Guerra, ubicado del lado izquierdo de nuestra ventana. Habían unos señores sacando casi medio cuerpo por la ventana, y, con lámpara en mano, señalaban hacia la azotea y gritaban: «¡Aquí están, aquí están!». Miré hacia donde señalaban y vi sobre las azoteas de los cuartos de servicio de ese edificio a unos muchachos corriendo. Lalo y yo nos volteamos a ver y nos acostamos. No comentamos nada. Nos acurrucamos y nunca dijimos nada.

No sé cuánto tiempo pasó, y los soldados siguieron en la Unidad. Recuerdo que mi mamá nos platicó que había un soldado que la asediaba y que, en alguna ocasión, se metió al departamento para pedirle que se fuera con él; enseñándole fajos de billetes, le decía que no le iba a faltar nada. Mamá decía que no era cualquier soldado, ya que, según ella, tenía cierto rango, esto porque usaba

cachucha y no casco, y porque su uniforme tenía una bandera bordada, estrellas y escudos; además de portar pistola. «Era alto, feo pero grueso», decía ella. Mi mamá platicaba eso con miedo pero también con cierta vanidad.

No sé cuánto tiempo pasó para que pudiéramos caminar por dentro de la Unidad, pero la imagen se quedó en mi memoria.

Artículo de la revista *Victoria* localizado por Mari Sano en la Biblioteca del Congreso Nacional, en Japón

Convocatoria revista SHOURI (Victoria)

Periodista para México. Olimpiada 68

Por Inauguración de esta revista decidimos enviar periodistas convocados desde los lectores para que vayan a México.

Nos gustaría que cubrieran la Olimpiada, también que investiguen a todo México, ya que queremos descubrir su belleza cotidiana.

Si alguien tiene confianza para realizar periodismo internacional y tiene mucho interés en Ibero América, no se pierdan esta oportunidad.

Convocatoria para personas de 20 a 50 años de edad. Por favor, enviar a esta dirección su nombre, dirección, edad, trabajo, breve presentación, especialidad y su opinión para esta revista.

Primera selección hasta 200 personas, segunda selección por entrevista y revisión de salud para seleccionar algunos.

La convocatoria finaliza el 30 de Mayo 1968.

(traducción: Mari Sano)

Mari Sano

RELOJ COLIBRÍ DE MI PADRE, MITSUGI SANO (1968-2018)

Desde 2010 estoy trabajando en distintos países (Argentina, Colombia, Ecuador, Venezuela, Costa Rica, Cuba, España y México) en el proyecto Aleteo de las grullas, a través de la proyección de la película *Visiones de Hiroshima* y el espectáculo *Danza del Colibrí*. En México, en Radio UNAM (2012), en la Casa del Lago (2015); y este 2018, por invitación de la directora de Danza UNAM, Evoé Sotelo, el proyecto se sumó al homenaje de 1968.

El proyecto se trata de la creación de las grullas por la paz. Inicia con un taller de origami, pero no sólo se aprende la técnica japonesa, sino también a rescatar la importancia de entregarlas a otros, deseándoles buena salud. Definitivamente, el proyecto es para compartir el valor de la vida; la esperanza se muestra entregando las grullas a mil personas, y así este mundo va cambiando. Día a día podemos compartir sentimientos y la búsqueda de un mundo mejor (el proyecto fue presentado en 2017 en el Congreso Internacional Pedagogía durante el simposio "La educación en valores y ciudadana por una cultura de paz" en Cuba).

Llegamos a compartir hasta veintidós talleres en distintas Facultades, como en la Biblioteca Central y en algunos espacios de la comunidad UNAM. Por último, entre todos creamos dieciocho

grullas de gran formato para la instalación en el jardín Julio Castillo en el marco del Día Internacional de la Danza (DID18) celebrado el 22 de abril. Utilizamos la técnica de creación de alebrijes, y por eso se pueden identificar las piezas como grullas mexicanas; fue una búsqueda para compartir el sentimiento de 1968 en México. Después de todo, las grullas de gran formato quedaron en las Facultades para que pudieran seguir volando y, por último, a través de este proyecto surgió otro vuelo.

Después de una reunión en Danza UNAM, por la noche hablé con mi madre Kuniko Sano, quien vive en Japón. Le dije que mi siguiente proceso en México tenía que ver con lo que había pasado en 1968, y ella, en ese momento, me dijo: «Tu padre estuvo en México en 1968. Lo recuerdo mucho porque tú estabas recién nacida en junio y él, inmediatamente después, viajó; fue increíble para mí». Yo no lo sabía, me enteré en ese momento. Ahí supe que mi padre se había ido a México como uno de los periodistas que cubrían la Olimpiada de 1968. Según recuerda mi madre, la revista donde escribió se llamaba *Victoria*.

¿Por qué no me contó ni una vez, por qué hasta ahora, a pesar de que nuestra familia estuvo en las Olimpiadas de Barcelona en 1992? ¿Qué escribió? ¿Qué vieron? Me surgieron miles de preguntas mientras veía el reloj que tengo colocado en mi muñeca: el reloj que mi padre tenía cuando falleció; eso hace 20 años.

Un día de 1998, mi padre, Mitsugi Sano, asistió como empresario a una reunión con un discurso en mano. Lo máximo de la Cámara de Comercio en Osaka. Ese día, mientras estaba hablando, tuvo un paro cardiaco y falleció. Su discurso quedó a la mitad. Aún no puedo leer completo ese texto. ¿Qué quería decir? ¿Dónde está su discurso?

Mitsugi Sano fue uno de los primeros en tener intercambio universitario entre Japón y México en 1963. Él estaba cursando en la Facultad de Economía de la UNAM. Su pasión por México fue impresionante, y por esa hermosa memoria me puso Mari, a mí, su primera hija; todo por la señorita Mari, quien le ayudó con su estudio y fue su compañera mexicana en la Facultad. Él me contó eso cuando cumplí 20 años.

Después, desde 1974 hasta 1976, la familia Sano estuvo radicando en México por compromisos de trabajo de mi padre, que era

empresario japonés. Recuerdo que nuestra primera visita turística fue a la UNAM. Vimos el mural de Siqueiros y el diseño de la Biblioteca Central; fue inolvidable, aunque yo sólo tenía 5 años.

Mi padre siempre me decía: «Mari, preste atención, atrás de todo hay oscuridad». Me imaginaba a qué se refería, pero no insistía en preguntar. Él lo repetía a cada rato. ¿Qué me quería decir exactamente?

Por mi buen ojo en la adolescencia, me di cuenta de muchas cosas atrás: de la Guerra de las Malvinas, de cosas inesperadas con vecinos, de su mirada especial; no puedo olvidar esos momentos misteriosos. De 1978 a 1982, estuvimos en Argentina; fue la época de dictadura militar.

Me gustaría encontrar sus dos textos, el de la revista y su discurso. Es posible que desde su inicio de vida en México hasta su último momento coincidieran; tal vez mi padre quería decir algo a este mundo. Y en este momento, a consecuencia de muchas cosas, estoy en México, por alguna razón trabajo por la paz; tal vez su espíritu me está guiando.

Hace poco estuve en Japón e intenté buscar los dos textos. Primero fui a la Biblioteca del Congreso Nacional, donde están guardadas todas las publicaciones; la revista *Victoria* estaba ahí. Después estuve preguntando a algunos compañeros de su trabajo por su último texto, su discurso. Aún estoy dentro de la búsqueda. Pero seguiré la investigación hasta el último día de mi vida junto con el proyecto Aleteo de las grullas. Posiblemente se trata de eso... Las cosas son así. Se necesita compromiso profundo. Puede ser que es mi destino o para todos..., como la búsqueda de un mundo mejor a través de la memoria.

Este año su reloj se paralizó; por eso, actualmente, uso dos relojes: el de mi padre que está detenido, como si no quisiera moverse de ahí, y otro que marca el tiempo nuevo del día a día. El tiempo está detenido desde 1968, y después de 50 años el reloj nuevo marcará hacia atrás. Como si fuera un colibrí: el único pájaro que vuela hacia atrás.

Alicia Castelán Moreno

LA HORA DEL ROCANROL

Recuerdo que fue como a finales de septiembre, pues no tenía mucho de que habíamos festejado el Día de la Independencia. De lo que sí me acuerdo es que fue en 1971 cuando tía Carmen y el primo Beto nos visitaron. Estaban muy tristes y lloraban; recuerdo que casi no hablaban. Yo no entendía por qué estaban tan misteriosos. Toda la familia estaba igual.

Cuatro días antes, mis papás habían salido apresurados vestidos de negro. Recuerdo bien ese color, pues mamá revolvió todo el ropero buscando un suéter y una camisa para papá; eso se me hizo muy raro, ya que ellos no acostumbraban a salir así de noche. Le dijeron a la vecina que ahí le encargaban, que no tardarían, que me echara un ojito.

Después de dos días llegaron muy cansados, como si no hubieran dormido. Me parecía como si se secretearan, hablando cosas que no entendía, y cuando les preguntaba, me decían que eran cosas de adultos. Mamá le decía a papá:

—Ponte en su lugar, ¿tú qué harías? Ayúdalos, por favor, lo necesitan.

—Por favor, sabes que gano poco, ¡estaríamos muy apretados con los gastos!—, respondía papá, moviendo la cabeza.

Durante días esa fue su única conversación. No había otro tema. Hasta que por fin él contestó:

—Está bien, que lo traigan.

Mamá lo abrazó, besó, y le dijo:

—Gracias, sabía que podía contar contigo. Mi hermana te estará eternamente agradecida.

Y así fue como llegaron aquella tarde. Mi tía lloraba, parecía como que regañaba a mi primo, porque le acariciaba la cabeza y al mismo tiempo le decía:

—No quiero problemas, recuerda que esta no es tu casa. Obedece a tus tíos, granjéate la comida.

Cuando nos sentamos a comer mi tía no probó bocado. De pronto se levantó de la mesa y, dirigiéndose a Beto, dijo:

—Pórtate bien. Estudias mucho —y salió rápidamente sin despedirse, echándose un chal sobre los hombros, llorando inconsolablemente.

Ahora, siendo mayor, me doy cuenta de que pocas veces en la vida he sentido esa sensación, ese ambiente pesado y tenso.

Yo no entendía lo que estaba pasando. Mamá me explicó que a partir de ese día Beto sería como mi hermano. Tía Carmen había enviudado y mis tíos quedaron en hacerse cargo de los niños de su hermana, pues ella no tenía forma ni de cuidarlos ni de mantenerlos.

Pasó el tiempo, Beto se veía como prisionero de sus recuerdos. Casi no hablaba, pero apoyaba a mamá en las labores del hogar y se distraía escuchando en Radio Variedades "La hora del rocanrol". De hecho, sus hermanitas nos visitaban con frecuencia.

Un día lo vi más triste que de costumbre, parecía como si hubiese llorado. Mientras Elenita y yo bailábamos arrítmicamente el "Bule Bule" y el "Perro lanudo", sobre la duela, disfrutando del ruido de la madera y la música, brincoteando todo el tiempo. En eso el locutor comentó: «Queridos radioescuchas, hoy, 2 de octubre, se conmemora un aniversario más de la masacre en Tlatelolco por parte del Ejército mexicano. Esperamos que no haya disturbios».

De repente, a Beto le dio un ataque de risa y, de la nada, empezó a llorar. Pateó la puerta con coraje, mentando madres, y dijo:

—¡Ese pendejo qué sabe, si él ni estuvo ahí, a ellos —refiriéndose a los militares— los mandaron! Hijo de la chingada, chismoso, que investigue antes de hablar.

Estaba irreconocible. No se podía controlar. Después de un buen rato, cansado de llorar, con la mirada extraviada como sonámbulo, agregó:

—Ni mamá ni mis hermanos estuvimos en esa marcha. Pero el 2 de octubre nuestra vida cambió. Les voy a contar qué fue lo que pasó:

»Papá me hacía sentir tan importante, como si formara parte de ese batallón del Ejército. Nunca dejaba de darme las mismas instrucciones: "Que queden bien brillosas esas botas, huerco. No quiero que me encuartelen y que no los pueda ver hasta dentro de un mes. Primero dales una lavada con jabón de calabaza, luego les echas tinta y les prendes un cerillo pa' que agarre bien; después su crema, su grasa y, al final, un buen bandazo hasta que te reflejes en ellas".

»Esa era mi tarea de cada quince días cuando nos visitaba a mi má, Carmela y a sus seis hijos, allá por el Cerro de la Estrella. Mi madre se paraba retemprano a echar gordas, pues quería complacer a su hombre con tortillas recién hechas y un caldito de frijol. Nos bañaba, nos vestía con nuestra mejor ropa, ella se ponía tubos y se hacía crepé. Lucía hermosa con ese mini vestido color verde manzana, ¡tan de moda! En esos tiempos, desde las ocho de la mañana ya teníamos la vista puesta en ese punto de la loma, donde siempre aparecía con las bolsas llenas de chicles canguro, chiclosos y tomys, que eran para mis hermanos y para mí. A mamá le traía sus ollitas de tamarindo, el queso de puerco y los bolillos, para sus chamacos, no podían faltar.

»Comíamos juntos, jugábamos al trompo, a las canicas y al columpio; eran días realmente felices. Nos íbamos pal campo, donde nos mandaba "a ver si ya había puesto la marrana". Yo me hacía un poco el loco, me encantaba el ritual que seguía: ponía el disco en la consola, tomaba a mamá por la cintura y, al ritmo de 'Creo estar soñando', de Los Hermanos Carrión, los dos bailaban; juro que me transmitían su inmensa pasión.

»Ya como a las diez de la noche, se despedía dándonos a todos una moneda de veinte centavos. A mí me lanzaba al aire un tostón para que lo cachara.

»—Te quedaron de lujo, ¡te lo ganaste, campeón! —me decía al ver sus botas.

»El miércoles llovió toda la tarde y parte de la noche. Nadie esperaba su llegada. Eran como las tres de la mañana del jueves cuando papá tocó la puerta con tanta desesperación que nos despertó a todos. Gritaba con miedo, con angustia, su rostro estaba descompuesto y manchado de sangre. Observé que sus botas estaban cubiertas de lodo. Lloraba con sonidos roncos, como bramando. Gritaba: "¡Yo no quería, nos mandaron! ¡Sólo eran unos niños! ¡Soy un asesino! ¡Dios mío, ayúdame, te juro que nos mandaron!".

»El resto de la madrugada siguió con lo mismo: "Sólo eran unos niños como de la edad de mi Beto. ¡Diosito protégelo, que no le hagan lo mismo!". Mamá, como pudo, lo jaló hacia el cuarto y le preparó el baño. Jamás imaginé verlo así: él, que decía que los hombres no lloraban, no dejaba de llorar. Esa noche lloramos todos. El dolor de papá era desgarrador.

»Después de un rato, agarré las botas y el uniforme, pesaban de tanto lodo y los puse a remojar. Por más que tallaba, la sangre impregnada no dejaba de salir, así como miles de cabellos. Usé cubetas y cubetas llenas de agua para lavar el dolor que de allí salía.

»A lo lejos, los lamentos de mi padre no dejaban de escucharse. Seguía sin creerlo, ese hombre de carácter tan fuerte lloraba como un niño, y fue así hasta que lo venció el sueño, pero no pasaban más de dos horas cuando despertaba bañado en sudor y gritaba nuevamente: "¡Sólo eran unos niños! ¡Nos mandaron, yo sólo recibía órdenes! ¡Soy inocente!". La casa se cubrió de tristeza. No podíamos jugar, hablar o reír, pues se respiraba el dolor.

»Dos sábados después, la Josefita, mi hermana menor, amaneció con harta calentura. La llevamos al hospital militar. Nos negaron el servicio: se acusaba a mi padre de deserción. En el cocodrilo en el que viajábamos de regreso, observé a mi madre ahogar su llanto. Por la Ignacio Zaragoza, mi hermanita dio su último respiro: murió de pulmonía fulminante. El dolor no terminó ahí, pues al llegar a casa encontramos a papá colgado de una viga en la recámara, todo amoratado. Afortunadamente todavía vivo.

»Nuestras vidas cambiaron radicalmente. Jamás se volvió a escuchar música, risas, ni jadeos amorosos; sólo gritos estremecedores, llantos y risas demenciales. En total fueron cuatro veces

las que mi padre intentó quitarse la vida. La belleza de mamá se fue secando. Ella lloraba todo el tiempo e intentaba regresarle la cordura a papá, convencerlo de que él sólo había recibido órdenes. De aquel hombre alegre y musculoso no quedaba ni su sombra. Pero poco a poco fue recobrando los ánimos.

»Una mañana amaneció con el antojo de una gorda y un caldito de frijol. Y mamá, animándolo como siempre, le dijo:

»—¡Pues ándale, viejo, vete por la masa!

»Agarró la bicicleta que tenía más de dos años que no usaba. Echó cerro abajo y los frenos no respondieron... Ahí quedó sin vida, Ahí terminó con su dolor».

Ese día comprendí la tristeza de mi primo, su coraje reprimido; el llanto de tía Carmela, extrañando su pasado, ignorando su presente. 2 de octubre no se olvida, ¿cómo se les va a olvidar?

En abril de 2018, estando en la búsqueda de dónde poner mis recuerdos, de cómo enfrentar una montaña de sentimientos para recuperarme de... la vida, encontré una convocatoria para tomar el Taller de Crónicas del 68, y pensé en escribir como catarsis. Comenzando el taller, venían a mi mente imágenes y situaciones que se entremezclaban, sólo recordaba angustia y miedo en mi niñez.

1968, Tlatelolco: lo que todos sabemos, de lo que todo mundo habla, lo que no se olvida. Mis papás (abuelos paternos), viviendo en Tlatelolco; mis otros papás, de 18 y 14 años; y yo ni había nacido. ¿Cuántas generaciones afectadas por un sólo acto? Crecer y jugar en edificios donde todavía hay rastros de balazos. Nunca pregunté nada y tampoco nadie me contó, pero recuerdo tanto miedo generado de conjeturas basadas en lo que había escuchado. Entonces comprendí que escribiría acerca de ese miedo y, especialmente, de lo que había vivido al lado de mi mamá Cuca, mi abuela paterna.

Ivonne Ojeda

Ivonne Ojeda Rosete

COINCIDENCIAS

Nací en diciembre de 1970. Casi toda mi vida he habitado el mismo departamento, el del edificio Estado de Hidalgo, muy cerca de la Plaza de las Tres Culturas. Allí estuve al cuidado de mis abuelos paternos, Jorge y mi mamá Cuca, ya que mis papás biológicos eran muy jóvenes.

En 1968, mi papá biológico, también llamado Jorge, vivía en ese mismo departamento. El domicilio de mi mamá biológica, Susana, estaba en Reforma 74, donde estuvo el cine Chaplin.

Mi papá, el señor Jorge Ojeda —mi abuelo en realidad—, era motociclista y excelente persona, del tipo que los niños adoran. Siendo niña, lo vi platicando algunas veces —no sé con quién—, pero lo recuerdo parado en medio de la sala, moviéndose y señalando mientras hablaba; y yo, parada sobre el comedor, a un lado de la mesa, pensando en que nadie me viera. Contaba que el 2 de octubre mi mamá Cuca se tiró al piso en medio de la sala, sobre la alfombra, llorando histérica, cubriéndose los oídos y gritando: «¡Que ya se acabe todo!», porque ya habían pasado horas de los disparos y de los helicópteros sobrevolando cerca del edificio. En ese tiempo mi imaginación hacía parecer todo muy real, siempre que veía esa alfombra pensaba en mi mamá Cuca, tirada sobre ella, tapándose los oídos y sufriendo.

Mi papá también contaba sobre una pistola que tuvo toda su vida, decía: «Tomé la pistola que estaba bajo llave y la escondí, más

tarde la tomé de nuevo y la puse en otro lugar y en otro y en otro». Él caminaba por el departamento cuando describía esto, decía que había querido desaparecerla por el miedo que le daba que los granaderos la hubieran llegado a encontrar. Después yo notaba que se ponía triste al contar que los estudiantes corrían por las escaleras tocando puertas y nadie les abría. Siempre fue el mismo y único relato.

Mi madrina Estela, que aún vive en el departamento de enfrente, cuenta que, el 3 de octubre del 68, ella, mamá Cuca y Tony, otra vecina, se dedicaron a sacar estudiantes que estaban escondidos por todos lados, usando gabardinas, pelucas y sombreros para disfrazarlos.

Hace unos días, mi papá me contó que trabajaba en el mismo lugar que mi abuelito, y que el 2 de octubre del 68 estaba en la oficina. Cuando le avisaron que debía quedarse a trabajar horas extras, no quiso, pero tuvo que hacerlo. Estando allí, su papá le llamó para decirle que al salir debía irse a Tacubaya, a casa de mamá Cristi, su abuela. Al día siguiente regresó muy temprano a Tlatelolco, entró a la Unidad por Flores Magón, por en medio del parque, y vio soldados pecho tierra que estaban sobre el techo del kiosco; también alcanzó a ver un tanque arriba de la Plaza... «¡Y ya!», mi papá es un hombre de pocas palabras.

El 1 de octubre del 68, mi mamá Susana estuvo en la Plaza de las Tres Culturas. Cuando yo le pregunto por qué, recibo la respuesta que he oído varias veces: «Porque todo México estaba con los estudiantes». Al escuchar a mi mamá, la imagino exactamente como ella se describe: sentada en las astas banderas, con los pies colgando. Cuenta que aquel día no hubo nada, así que a ella y a sus hermanos, Jesús y Manuel, que cursaban la prepa, los invitaron a asistir al mitin del día siguiente, como si los mítines fueran algo de todos los días.

El 2 de octubre esperaban a que Manuel regresara de trabajar, Jesús ya se quería ir a Tlatelolco, pero su mamá les dijo que se esperaran. Subieron a la azotea para ver si ya estaba llena la Plaza; mi mamá dice que volteó hacia Reforma. Recuerda muy bien su expresión: «Órale, ¿por una manifestación ya hasta nos mandaron tanques de guerra?». Regresó a donde podía ver la Plaza, Jesús y ella vieron el helicóptero y después una bengala que salió del techo

de la iglesia; empezaron los balazos, como si fuera un juego y las personas fueran muñecos. Dice que vio cómo la gente de la Plaza caía muy rápido. Asustados bajaron a la casa, desde la ventana se veía el monumento a Cuitláhuac, y recuerda haber visto a muchachos corriendo, cruzando Reforma, golpeando las ventanillas de los coches, pidiendo ayuda. En el edificio donde vivían, el Ejército aventó bombas lacrimógenas para que nadie saliera, y todos los departamentos tenían las luces apagadas. Por quince días, casi no salieron, pero desde el techo del edificio vieron camiones de basura llevarse ropa y zapatos del Parque de Santiago. El medio por el que se enteraron de todo lo que pasó fue una revista.

Mi mamá Cuca era una mujer alta, delgada, de hermosos ojos, siempre arreglada, con las manos muy bien cuidadas, de uñas muy largas, de carácter muy fuerte y de una personalidad que se hacía notar en cualquier lado; y siempre decía lo que pensaba y lo decía fuerte, la mayoría de las veces para defender algo. Yo pasaba la mayor parte del tiempo con ella, varias veces la vi discutir con policías por algo injusto; también escuché a los adultos platicando anécdotas sobre ella. Una de esas anécdotas, fue que un día, mi mamá Cuca iba por Flores Magón, frente a la entrada del estacionamiento, entre el Parque de Santiago y la Secretaría de Relaciones Exteriores, cuando vio a un señor vestido de traje que iba arriba de *la julia*. No lo conocía, lo vio ahí sentado y pensó que, si se lo llevaban, lo iban a desaparecer. Se le puso al tú por tú a un granadero, gritándole: «¡¿A dónde llevan a mi marido!?, ¿¡por qué se lo llevan!?», y dirigiéndose al señor: «¡¿Y tú que haces ahí?!, ¡Bájate!», lo jaló y lo bajó. Hasta salió en un periódico: en la fotografía describían a una señora que manoteaba al jefe de granaderos; esa era mi mamá Cuca. Esto me lo contó mamá Susana.

Siendo una niña pequeña, sólo observaba y escuchaba. Supongo que al final sabía lo que había pasado el 2 de octubre sin que nadie me lo hubiera explicado nunca.

Un 2 de octubre, no sé de qué año..., iba caminando con mi mamá Cuca. Frente a la primaria Nicolás Rangel, sobre el pasillo que va de la Plaza a Reforma, el ambiente era muy tenso, veía gente hacer grupos, después correr y agruparse de nuevo. Eran grupos

de dos tipos: de jóvenes y de hombres no muy altos y morenos, de cabello muy corto. Yo veía a mamá Cuca tan alta como siempre, ella, señalándolos, me dijo: «Esos son granaderos, velos, no llevan uniforme, pero ve el color de su piel y su corte de cabello».

Un 2 de octubre, no sé de qué año..., iba con mi mamá Cuca a la panadería, como todos los días. Teníamos que pasar junto a la Plaza, entre el edificio Chihuahua y el edificio 2 de Abril, ni siquiera me atrevía a voltear a la Plaza; ella me llevaba de la mano. Nos detuvimos y, sin voltear a verme, me dijo: «Mira a todos esos malditos, son granaderos, andan aquí a ver a quién matan o a quién desaparecen, no importa si son mujeres o niños». Aquello lo había dicho fuerte y señalándolos. Mientras la veía, yo moría de miedo porque ella era mujer y yo una niña. Los granaderos a los que se refería iban vestidos de civiles y se acercaban a los grupos de gente como para ver qué escuchaban.

Un 2 de octubre, no sé de qué año... ¿Mi edad? Menos de 8 años, seguro. ¿Un día normal? ¡No!, pero había que ir por las tortillas al edificio Chihuahua, como todos los días, la tortillería sigue en el mismo lugar, en el lado opuesto de la Plaza. ¿Qué tenía de normal comprar las tortillas, cuando lo único que sentía era miedo, cuando lo único que pensaba era: «¿Ahora qué va a hacer mi mamá Cuca?», imaginando lo qué podría pasarnos ¿Qué tenía de normal ver en el rostro de mi mamá tanta tristeza y enojo? ¿Qué tenía de normal ver a tanta gente que no conocía, haciendo cosas raras, secreteándose, corriendo, cuidándose de quién los escuchara o quién los viera? Mamá Cuca y yo no nos acercamos a la Plaza, pero todo ese ruido que venía de ahí, ruido de mucha gente hablando, no se entendía, como murmullos; aun así te daban ganas de ir. ¿Qué tenía de normal tanta gente que se agrupaba y se dispersaba? Donde quiera que volteara, veía a esos hombres, de cabello muy corto y camisa blanca, a los que les decían granaderos, no policías ni soldados. Hay diferencia entre ellos.

Un 2 de octubre, caminábamos de regreso por el pasillo que está entre la primaria y el edificio Durango, el mismo lugar por donde todos los días pasaba y brincaba el registro de agua. Ese día no pensaba en brincar, pensaba que ya estábamos muy

cerca de la casa, y escuché a mi mamá Cuca, como si no hablara conmigo: «Voy a ver qué pasa», la agarré de la mano y, como si quisiera gritar, le dije: «No vayas», y ella ya había volteado, como en dirección a la Plaza, y me dijo: «¡Tengo que ir!», me aferré a su brazo, yo le llegaba a la cadera y me colgué tomándola desde el codo, tratando de detenerla, y entonces grité con terror y llorando: «¡No! ¡No vayas, por favor!».

Así como recuerdo que "todo México estaba con los estudiantes", también tengo muy presente haber escuchado varias veces que, el 3 de octubre del 68, hubo cerros de ropa y de zapatos en las ruinas, y que se usaron pipas de agua para lavar la Plaza.

Los demás 2 de octubre no hubo clases. Los demás 2 de octubre no salimos a jugar. Los demás 2 de octubre no fui por las tortillas. Los demás 2 de octubre todo estuvo cerrado en Tlatelolco y había cada vez menos granaderos. Los demás 2 de octubre nunca fui a la Plaza, ni siquiera cuando ya estaba en la UNAM y todos se organizaban para ir. Los demás 2 de octubre mis hijos nunca fueron a la Plaza.

Yo escuchaba a los adultos decir que el cumpleaños de mi mamá Cuca era el 2 de octubre, ¡era tan raro! No podía ser posible, no podía ser verdad, ¿su cumpleaños en un día tan espantoso? Recuerdo que, ya siendo adulta, leí su fecha de nacimiento en algún documento, y lo que por tanto tiempo no creí, era verdad: mi mamá Cuca había nacido el 2 de octubre de 1932.

Hace unas semanas, en Querétaro, una de mis hijas no pudo encontrar aquel periódico donde aparecía mi mamá Cuca bajando a un señor de *la julia*, pero me mandó fotos de lo que sí encontró y que yo ya no recordaba. Hay una revista llamada *Magazine de Policía*, del 30 de septiembre de 1968, y en la página 16 aparece mi mamá Cuca, el pie de foto dice: "El coronel Alfonso Frías, jefe del cuerpo de granaderos, cuando hablaba con una mujer". Hay también un ejemplar del periódico *La Prensa*, del 22 de septiembre de 1968, en la página 35 aparece mi mamá Cuca, el pie de foto describe: "Mujeres habitantes de la Unidad Tlatelolco se enfrentaron a los granaderos y los injuriaron y retaron a pelear por su actitud, cuando trataban de desalojar a los estudiantes de uno de los edificios de la citada unidad habitacional".

—Oye, ¿mamá Cuca murió un 2 de octubre? —me preguntó mi hija.

—Pues eso es lo que me dice tu abuelita Susana, ¿por qué, tu cómo sabes? —le contesté.

—Es que, buscando los periódicos que me encargaste, vi unos papeles donde decía eso.

Al checar los demás documentos encontramos uno de cuando murió mi bisabuelo, papá de mi mamá Cuca, él era militar... Su nombre: José María Ruíz Ordaz. Demasiadas coincidencias.

Mi mamá Cuca nunca pudo escuchar un helicóptero sin alterarse. Ella murió en 1980, dicen que un 2 de octubre; yo tenía 9 años.

Rubén Frola Jaime

LA VIDA ES COMO UN JUEGO DE AJEDREZ SOBRE UN TABLERO INFINITO; YO NACÍ PEÓN

La hora de la comida en el edificio Atizapán, Tercera Unidad, departamento 1304, en Tlatelolco, siempre fue a las dos de la tarde, con mis padres y mis hermanos. El miércoles 2 de octubre de 1968 no fue la excepción. Estábamos Raymundo Frola y Martha Jaime, mis padres; Violeta, Mundo y Carmen, mis hermanos; y dos invitados: Javier Muñoz, compadre de mi padre y trabajador de intendencia del Museo Nacional de Antropología e Historia; e Ignacio, el ayudante de mi padre.

Todos, alrededor de la mesa, disfrutando del sabroso espagueti, de las milanesas de pollo empanizadas y del imperdonable postre: unos ricos duraznos con crema. ¡Mi madre tenía el encanto de la buena cocina! Después, la sobremesa: el café, el cigarrito y el tema del momento: asistir al mitin relámpago en la Plaza de las Tres Culturas. Mi padre era profesor de Máquinas herramienta de la Vocacional 7; Violeta, Mundo y yo asistíamos a la Prevocacional 4 del Instituto Politécnico Nacional; y mi hermana Carmen, a la Secundaria 16. ¡Todas las escuelas se ubicaban en Tlatelolco! La educación de tendencia de izquierda que nos dio mi padre, más el

arrojo de la juventud, el pensamiento abierto, las explicaciones de mi padre respecto a la Patria, la guerra de Vietnam y la Revolución cubana, habían dejado huella en nuestro sentido de libertad.

Terminada la sobremesa, Javier, Violeta, Mundo y yo nos encaminamos hacia la Plaza, acercándonos cada vez más al tablero de ajedrez: la Plaza de las Tres Culturas.

Peón 1 a Peón 2. Pasando por enfrente de la Vocacional, tomada todavía por el Ejército. Llegamos al corredor lateral, que desemboca a la Plaza. Allí seguían llegando contingentes estudiantiles, así como de obreros, de sindicatos y de poblados del Estado de México. Todos éramos peones en filas indias y avanzábamos sobre el corredor sin importar las miradas de los soldados que estaban apostados en el techo de la Vocacional 7. Como siempre se sentía un aire de hermandad y de juventud, esto hacía que la gente caminara erguida y con el paso firme y seguro, gritando consignas, como: "¡El pueblo unido jamás será vencido!".

Nos aproximábamos cada vez más al tablero de ajedrez. Tomamos posición en la parte posterior izquierda de la Plaza, enfrente del edificio Chihuahua, donde en el tercer piso estaban los oradores del Consejo Nacional de Huelga. Atrás de mí se encontraban las ruinas prehispánicas de Tlatelolco; a mi lado izquierdo, como a seis metros, las astas banderas; y sobre la Plaza, cientos de peones.

Nos sentamos, el piso estaba fresco. La Plaza no estaba llena como en el mitin anterior, que se había hecho en ese mismo lugar. Volaba un helicóptero del Ejército, pasando de largo, como observando el evento. Yo escuchaba a los oradores informar que en la mañana miembros del Consejo habían ido a negociar los puntos del pliego petitorio, y que esperaban esa información. Otro orador mencionaba que el Ejército estaba por la calle de Mosqueta, en la colonia Guerrero. Algunos compañeros se encontraban sentados sobre el barandal del tercer piso, veía cómo movían alternadamente sus piernas, como si estuvieran en una alberca mojando sus pies. Estaban tan cómodos que coloqué mis antebrazos al piso de la Plaza; eché mi cabeza hacia atrás, sintiendo alivio al escuchar el tronido de mis huesos de la parte superior de la columna; y luego la giré

varias veces para un lado y para otro, para después mirar hacia el cielo. Escuché el estruendo de las aspas del helicóptero, volando más bajo. El helicóptero hacía círculos más cerrados, era una potente libélula de acero, observando ávidamente a la gente que estaba en la Plaza. En ese momento, el orador mencionaba la llegada de los campesinos de Topilejo, enseguida, otro orador decía que el Ejército estaba en San Juan de Letrán y en Nonoalco, donde se ubicaba la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Con mi vista seguí al helicóptero. Observé cómo se desplazaba en dirección a la iglesia de Santiago Tlatelolco, para después dejar caer sus bengalas. En ese momento, sentí mi cuerpo rígido, como piedra. Las reglas del juego habían cambiado: el juego se convirtió en pesadilla.

El orador gritó: «¡El Ejército se dirige hacia la Plaza! Sigan sentados, es una provocación. Sigan sentados». Subí mis brazos lentamente y me senté. Javier y mis hermanos también permanecieron sentados con otro grupo de compañeros. El ambiente se puso tenso. Muchos se levantaron. Empezaron primero a caminar y después a correr. El orador gritaba con fuerza, con vehemencia: «¡No corran, es una provocación!», pero fue demasiado tarde, se habían roto todas las reglas del juego: los peones se transformaron en alfiles, caballos y torres, que se movían en todas direcciones en el tablero de ajedrez, la Plaza, sin llegar al lugar para coronarse; para transformarse en damas y ganar un poco de fuerza, sabiduría y control; para dirigirse a un lugar donde se pusieran a salvo. El río se convirtió en un mar en tempestad, donde las olas humanas chocaban entre sí. Algunas caían y, al pararse, se perdían de sus conocidos, tomando rumbos contrarios. Se rompía la certidumbre, y el miedo atrapaba a más presas. En ese momento, se escucharon disparos en la planta baja del edificio Chihuahua. En el tercer piso, alguien gritó: «¡Con los oradores, con los oradores!». Jaque.

Peón 2 a Peón 3. Corrimos todo ese grupo de compañeros para tratar de auxiliar a los oradores, pero sólo alcanzamos a llegar a la parte donde iniciaban las astas; no pudimos avanzar más, la gente seguía corriendo de un lado a otro. Mi hermana Violeta, llena de

coraje, gritó: «¡Aquí nos sentamos, que nos maten estos hijos de la chingada!», y nos sentamos. Volteé hacia atrás y vi el brillo de las bayonetas caladas, a los rifles de los soldados, que aparecían como luciérnagas de plata brillante a lo largo de la Plaza, saliendo de entre las ruinas. A pocos metros se tiraban pecho tierra y se empezaron a oír disparos de pistolas, rifles y metralletas. Los soldados avanzaban pecho tierra y tiraban a cualquier lugar. Como a seis metros de mí, vi la cara de un soldado, que tenía los ojos rojos, llenos de pánico, de miedo, de desesperación, parecía una persona poseída por el mal aunque él no quisiera; disparaba mecánicamente contra un enemigo que no veía. Entonces me dio miedo, la adrenalina se disparó en mí y le dije a mi hermana: «Vámonos, por mi madre, vámonos». Jaque.

Peón 3 a Peón 4. Javier empujó a Violeta hacia las astas, gateando los seguimos mi hermano y yo. La tormenta de plomo se convirtió en un huracán furioso. Los disparos venían de todas partes: de los soldados del tercer piso del Chihuahua, de las ventanas, de las azoteas de los edificios y de la iglesia de Santiago Tlatelolco, que nunca abrió sus puertas a los fieles. La base de concreto de las astas nos cubrió de los disparos, bajamos a una gran jardinera, que se encuentra entre la Plaza y los edificios 15 de Septiembre y 2 de Abril, parecía haber sido arada, sembrada de zapatos, bolsas, portafolios, carteras y ropa. Bajamos del nivel de la jardinera, que estaba como a metro y medio del nivel del suelo. Observé el espectáculo dantesco de la planta baja del 15 de Septiembre: más de cien personas empujándose para huir. Enfurecí, apreté fuertemente la mandíbula. La gente no sabía que había una reja que impedía el paso a lo largo de unos veinte metros, sólo existía una puerta, que estaba cerrada en ese momento. Gritaba: «¡Por ahí no!, ¡por ahí no!». Juro que les grité muchas veces a esas personas, pero nadie me hizo caso, siguieron comprimiéndose como si entraran a una lata de sardinas. Juro que les grité.

Peón 4 a Peón 5. Con ganas de llorar, salí corriendo hacia Reforma para alcanzar a mis hermanos. Pasé al lado del 2 Abril, en ese edificio pudieron derribar la reja. Seguí corriendo por el corredor hasta alcanzar a mis hermanos y a Javier. Decidimos tratar de salir por

Reforma, corrimos lo más rápido que podíamos. Los edificios Nuevo León y Coahuila impedían la visión directa a la avenida. Corrimos por ese largo pasillo. Sentía la boca seca, mi respiración era cada vez más profunda y mi corazón aumentaba el ritmo de sus latidos, como queriendo salirse de mi pecho. Rodeamos el edificio Nuevo León, después el Coahuila, y llegamos a Reforma. Quedamos paralizados, pues sobre toda la avenida había tanquetas, camiones, jeeps y soldados en posición de disparo. Jaque.

Peón 5 a Peón 6. Tomamos un poco de aliento. Yo pasé mi lengua por mis labios resecos e, inmediatamente, Mundo dijo: «Por Manuel González». Corrimos entre las torres de los edificios Zacatecas y Oaxaca. Pasamos entre una escuela secundaria y un lugar de recolección de basura, luego, al lado del edificio Baja California; y sí, al igual que en Reforma, a todo lo largo de la calle Manuel González estaba el Ejército. El Gobierno había mandado una emboscada a su propia gente; a su pueblo, armado sólo con la palabra; a su mismo Ejército. Era una guerra dispareja. Fue una masacre. Otra vez, jaque.

Esta vez ni si quiera nos paramos, seguimos corriendo por Manuel González. En la acera de enfrente, sentíamos cómo éramos perseguidos por las miras de rifles y metralletas de tanquetas.

Cuando llegamos a la altura del edificio Tamaulipas, a los soldados les dieron la orden de avanzar y empezaron a cruzar la calle de Manuel González, acercándose a la lateral de Tlatelolco. Nosotros, pasando el edificio Tamaulipas, nos metimos por el corredor interno, tratando de cubrirnos con los edificios Estado de Quintana Roo, Estado de Morelos y Sitio de Cuautla. Las piernas de Javier, Violeta, Mundo y las mías se convirtieron en tentáculos de un gran pulpo, debido a que los soldados estaban apostados entre los autos estacionados en la lateral de Tlatelolco. Recargaban sus rifles en los cofres de los coches, apuntándonos cada vez que había un claro entre los edificios. Seguimos todos abrazados, desplazándonos lentamente con nuestros ocho tentáculos que a veces se enredaban entre ellos haciéndonos trastabillar. El trayecto fue eterno: siempre sintiendo como si tuviera un arma apuntándome en la cien.

Al fin llegamos al edificio Guelatao, que estaba enfrente de nuestro edificio, el Atizapán. Existía aproximadamente un claro de cincuenta metros entre el Atizapán y el Guelatao, donde estaban ubicados los estacionamientos subterráneos; no había nada que nos cubriera.

Peón 6 a Peón 7. Caminamos rápido, sin correr, sintiendo que en ese momento nos aplicaban la Ley Fuga, siempre bajo la mira de los rifles. A la mitad del camino, vimos a nuestro padre, que se dirigía a la Plaza de las Tres Culturas. Le gritamos: «¡Papá, papá!», desesperadamente, pero mi padre no nos escuchaba. Aceleramos el paso, y mi hermano lo alcanzó. Mi padre insistía en ir a la Plaza, y, literalmente, lo jalamos entre los dos para llevarlo a nuestro edificio, donde mi hermana ya había llegado con Javier. Al ingresar al edificio los soldados estaban apostados, apuntándonos como a diez metros, y cubriéndose con los autos estacionados de la lateral. Sin embargo, por fin pudimos subir al departamento del treceavo piso.

Al entrar al departamento 1304, encontramos a mi mamá, a mi hermana Carmen y a dos niñas peruanas de siete y cinco años, hijas de la vecina del departamento de enfrente, que estaban con la muchacha del aseo, porque su mamá trabajaba. Mi mamá había ido por ellas al escuchar los disparos. También estaba Nacho, el ayudante de mi papá, realmente serio y asustado.

Nos relajamos, mi padre nos dijo que no nos asomáramos por las ventanas. Pasó como media hora cuando tocaron desesperadamente a la puerta, era Antonio Zárate, el mejor amigo de mi papá, de treinta años de edad y de uno noventa metros de estatura; fuertísimo: había sido boxeador de joven. Llegó desesperado, llorando. Mi padre lo trataba de calmar y él sólo decía: «Raymundo, mis hijos, mis hijos, ¿están aquí mis hijos?», «No, compadre, no están», le respondió mi padre. Antonio empezó a llorar como un niño. Trató de salir del departamento, pero, en ese momento, se escuchó una pistola dispararse y después una ráfaga de metralleta en respuesta. Mi papá lo detuvo y le dijo que no saliera. Antonio le comentó que había estado en la Plaza junto con su hijo de 15 años y su hija de 16 años, pero que, cuando fue al baño antes de empezar el tiroteo, los

perdió. Para calmarlo le decía que estaban bien, que, seguramente se encontraban resguardados en algún departamento, que si salía exponía su vida; pero él siguió llorando. Mi papá tuvo que darle de tomar casi una botella de whisky para controlarlo, además de decirle que bajarían más tarde al teléfono público para llamar a su casa, para ver si sus hijos se habían reportado. Pasó el tiempo, anocheció y empezó a llover.

Mi papá veía los movimientos de pelotones de soldados que iban de un lugar a otro y tomando posiciones estratégicas. «Algo traman», dijo mi papá, «Tal vez cateen los departamentos». Había un ducto dentro del patio de servicio del departamento por donde se tiraba la basura, por allí arrojamos toda la propaganda, debido a la cercanía con la Prevo 4 (a veces los chicos de la escuela guardaban los mimeógrafos y esténciles cuando iban a tomar los granaderos la escuela); también arrojamos las revistas *Por qué*? Después nos repartió en los cuartos y la estancia de la casa para dormir. Para ese momento, la madre peruana había podido acceder al edificio en una ambulancia de la Cruz Roja.

Yo estaba totalmente consternado y desconcentrado, no sabía qué pensar y sólo observaba; quería que ya fuera un nuevo día. Perdí la noción del tiempo, apagaron las luces desde que oscureció, no sabía qué hora era, sacamos algunos colchones a la sala para que durmieran los adultos, nos repartiríamos en las dos recámaras y el cuarto de servicio. Ya tenía hambre, pero la indicación era acostarse. Fue entonces cuando entró el primer disparo al departamento, piso 13, más de 26 metros de altura, otra vez gateando nos fuimos a los baños y a la cocina. Estábamos peor que en la Plaza, los disparos eran francos al departamento, entraban entraban y seguían entrando. Hechos bola brincábamos cada vez que escuchábamos un balazo entrar por la ventana de la sala o por el muro del departamento vecino. Después de como dos minutos de constante balacera, reinó el silencio. No podía respirar, un polvo fino entraba por el baño. Salió primero mi hermano, lo seguí, otra vez a gatas casi pecho tierra. Los balazos habían tirado parte del yeso de los muros, no se podía ver, había una nube densa que flotaba en el ambiente y que nos hacía toser. Cuando fui al cuarto de servicio, me encontré a Nacho,

tenía la cabeza metida en la alacena, parecía avestruz, estaba casi infartado. Afortunadamente no hubo heridos.

Los soldados empezaron a catear los departamentos. Todos estábamos reunidos en la sala, tratando de respirar hondamente. La nube de polvo se había apostado en el piso, formando una fina capa, como de nieve. Sacudíamos nuestra ropa, limpiábamos nuestro rostro, y sacudíamos nuestros brazos cuando tocaron enérgicamente a la puerta. «¿Quién?», preguntó mi papá. «El Ejército mexicano», contestaron. «Estamos todos los vecinos del piso, voy a abrir la puerta», dijo mi papá. Al momento de abrir la puerta accionó el interruptor para encender la luz, y el foco se fundió: había recibido un rozón por una bala. Los soldados cortaron cartucho y nos apuntaron. Se me vencieron las rodillas y me hinque en el piso. Jaque.

Mi papá reaccionó rápidamente y prendió otro interruptor que sí funcionó. Se hizo la luz. Los soldados pasaron y nos alinearon contra la pared: nos catearon, nos ordenaron bajar del edificio; siempre estuvieron apuntándonos. Estos soldados eran más jóvenes que los que había visto en la Plaza, no tenían los ojos rojos y se veían tranquilos.

Esperamos el elevador que nunca llegó, tuvimos que bajar por las escaleras. Todos bajamos: Antonio y Nacho, cargando a las niñas; mamá, con papá; Javier; la peruana; Violeta; Mundo; Carmen; la chica del aseo; y yo. Cuando llegué al piso 7, sentí sobre el barandal algo viscoso, mis pies se resbalaban. Cuando miré mis manos, atónito y sorprendido, vi sangre, sangre fresca, sangre humana, y en gran cantidad. Mis pies vacilaban, y me sentí como en el Paso del Jabonero, en las Grutas de Cacahuamilpa; era difícil caminar sin resbalarse. Al fin llegamos a la planta baja, y fue en ese momento que supe que los elevadores habían sido detenidos para que toda la gente bajara por las escaleras. Un teniente nos alineó y nos preguntó: «¿Quiénes son?», y le respondimos que éramos las familias del piso 13. «Fuera, fuera», dijo.

Peón 7 a Peón 8. Un soldado nos escoltó hasta la calle de San Juan de Letrán con Manuel González. Atravesando entre la tropa, que ya no nos apuntaba, pasamos la última línea de tanquetas y camiones; eran como las cuatro de la mañana. Caminábamos derrotados, con

frío, por calles húmedas y solitarias de la Ex hipódromo de Peralvillo, hasta la calle de Gounod, donde vivía Antonio Zárate; ahí pernoctamos. Sus hijos se habían reportado por teléfono, estaban resguardados con una familia del edificio Chihuahua. Jaque mate.

La partida se había perdido. Algunos peones quedamos vivos fuera del tablero, con la oportunidad de jugar otra partida. Mi familia no volvió a ser la misma. Mi papá consideró que nos podía pasar algo, ya que sólo nuestro departamento había sido baleado esa noche; no volvimos a Tlatelolco hasta después de las Olimpiadas, mi papá y mi mamá, sí. Papá levantó un acta en la delegación contra el que resultara responsable por haber hecho disparar 75 balazos de diferentes calibres a nuestro departamento. Llevó fotos y las esquirlas como prueba. Todos los hermanos fuimos repartidos con tíos. Después de esto no hubo más comidas a las dos de la tarde, todos empezamos a tener cosas más importantes que hacer. Creo que nos dimos cuenta de que para morir basta un parpadeo.

Mi vida cambió después del 2 de octubre. Me hice fuerte, arraigué mis valores y pasé de ser un niño a ser un adulto. Sigo siendo un hombre de lucha, un peón que no olvida sus raíces e identidad.

La vida será siempre un aquí y un ahora: siempre tiempo presente. No somos dueños de nada ni de nadie. Seguirán las partidas en el ajedrez de la vida, sobre tableros de diferentes colores. Yo seguiré siendo un peón hasta coronarme con la muerte.

2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA. HASTA LA VICTORIA, COMPAÑEROS.

Crónicas de octubre se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de septiembre de 2019 en los talleres del Corporativo Prográfico S.A. de C.V., ubicados en calle 2 núm. 257 Bodega 4, Col. Granjas San Antonio, Iztapalapa, 09070, CDMX, teléfono 56867850. El tiraje consta de 750 ejemplares. Para su formación se utilizaron las familias tipográficas *DIN Pro*, diseñada por Albert-Jan Pool para la casa FontFont; *Eveleth,* diseñada por Ryan Martinson para Yellow Design Studio; y *Cocogoose,* diseñada por Cosimo Lorenzo Pancini para Zetafonts. Los forros están impresos en cartulina Couché mate de 250 gramos y los interiores en papel Cultural de 90 gramos y papel Bond de 110 gramos.

Cincuenta años después de la masacre, doce testigos se reúnen para escribir sus recuerdos del 2 de octubre. Otra vez en la Plaza de las Tres Culturas, sobre esos escalones y piedras a través de los que huyeron algunos, pero otros ya no se levantaron, donde casi se puede oír todavía el eco de gritos y tiroteos apenas cubiertos por el tiempo.

Mientras buscan las palabras y recuperan detalles y elaboran sus crónicas y van tejiendo ***memorias comunes****, también buscan objetos impregnados por lo sucedido esa noche, recuperados en las fotografías de este libro.*

Estos relatos permiten volver a mirar, hablar, sentir, elaborar ***nuevas narraciones****, interrogar los detalles, intentar la comprensión de esas horas que transformaron a quienes estuvieron ahí y ahora entregan a los lectores contemporáneos estas miradas personalísimas sobre un hecho decisivo para nuestra ciudad y nuestra historia.*

ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS

MEDIACIÓN
EDUCATIVA
CCUT

culturaUNAM

UNAM La Universidad de la Nación

TLATELOLCO centro cultural universitario